



**LA GUERRA
EN UCRANIA.
MIRADAS DESDE
AMÉRICA LATINA**

La guerra en Ucrania.

Miradas desde América Latina

Autores: Martín Bergel, Judit Bokser Liwerant, Alba Carosio, Mayarí Castillo, David Díaz Arias, Willian Espronceda, Roberto González, Jochen Kemner, Edgardo Lander, Bruno López Petzoldt, Irene Lungo Rodríguez, Aldo Marchesi, Aico Nogueira, Franklin Ramírez. Ileana Rodríguez, José-Vicente Tavares dos Santos.

Compilación: Jochen Kemner

Diseño de la portada: Paulina Navarro

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

©: Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS)

Guadalajara, México, marzo 2022

Índice

Introducción (Jochen Kemner)	1
Argentina (Martín Bergel)	6
Brasil (Aico Nogueira, José-Vicente Tavares dos Santos)	10
Chile (Mayarí Castillo)	13
Colombia (Roberto González)	16
Costa Rica (David Díaz Arias)	18
Cuba (Willian Espronceda)	22
Ecuador (Franklin Ramírez)	25
El Salvador (Irene Lungo Rodríguez)	29
México (Judit Bokser Liwerant)	32
Nicaragua (Ileana Rodríguez)	37
Paraguay (Bruno López Petzoldt)	41
Uruguay (Aldo Marchesi)	46
Venezuela (Edgardo Lander)	50
Venezuela (Alba Carosio)	54
Sobre los autores	58

Introducción

Jochen Kemner, 11/03/2022

La escalada del conflicto en el este de Europa a raíz de la invasión de tropas rusas al territorio ucraniano el 24 de febrero 2022, anunciado como «operación militar especial» se ha convertido de inmediato en una crisis de dimensiones y consecuencias globales. A más tardar a partir de las declaraciones de las máximas autoridades rusas, el presidente Vladímir Putin y el ministro de relaciones exteriores Serguéi Lavrov de que mantenían abiertas todas las opciones militares, insinuando que se podría llegar hasta al empleo de armas nucleares, el mundo está en alerta.

Si bien América Latina y el Caribe están supuestamente alejadas de la guerra, no están extensas de los impactos y de las repercusiones políticas o económicas. Rápidamente, la mayoría de sus gobiernos están tomando posturas de diversa índole de rechazo/condena de la agresión/invasión/empleo de fuerza contrario al derecho internacional y llamando a la búsqueda de salidas políticas para restablecer la paz (Voz de América, 24/02/2022; <https://bit.ly/35XMrx8>)

El Centro de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS) ha creado desde su fundación en 2017 una extensa red de expertas y expertos en toda la región. Al desencadenarse el conflicto y publicarse en la prensa internacional los primeros artículos que (en varios casos de manera superficial) resumieron las reacciones gubernamentales en América Latina, nos propusimos dar un panorama más amplio de cómo se mira desde esta parte del mundo a la guerra en Europa.

Esta pequeña publicación tiene por un lado la intención de indagar en los matices y contextualizar las posturas que los Estados latinoamericanos han tomado ante la escalada del conflicto en Europa. Interesa no solamente dar a conocer las posiciones de los gobernantes, sino también a como estos incitan –o no– debates internos en los países. Más allá de los actores políticos se quiere mostrar también otras voces y posiciones que aparecen en la cobertura mediática del conflicto. Por otro lado, preguntamos por posibles intereses geo-estratégicos específicos que

conectan a América Latina con Rusia y Ucrania y que pueden explicar las posturas. En este sentido, entran en juego los posibles impactos económicos y políticos de la guerra europea en la región.

Estos aspectos no sirvieron como guion rígido, sino más bien como sugerencia para las y los autoras invitadas/os a participar en este dossier. La acogida de la propuesta fue espléndida –a pesar del poco tiempo para redactar los textos–, posibilitando que podemos presentar aquí 14 miradas desde 13 países de América Latina y el Caribe. Ante todo, queda por lo tanto agradecer a todas/todos que contribuyeron.

A nivel diplomático internacional, los países de la región se posicionaron por primera vez el 25 de febrero cuando la Organización de Estados Americanos aprobó en sesión extraordinaria del Consejo Permanente con 21 votos a favor una declaración que condenaba «enérgicamente la invasión ilegal, injustificada y no provocada de Ucrania por parte de la Federación rusa» e igualmente el reconocimiento de los territorios separatistas de Donetsk y Lugansk por parte de Rusia porque «representa una violación de la integridad territorial y la soberanía». La declaración, apoyada entre otros por Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú y Venezuela (representado por un representante del gobierno paralelo de Juan Guaidó), sin embargo, no fue suscrita por las delegaciones de Argentina, Brasil o Bolivia; si bien sus portavoces leyeron comunicados en los cuales expresaron su rechazo al uso de la agresión y violencia (<https://bit.ly/3q36Ojq>).

La segunda oportunidad de expresar su postura llegó unos días más tarde en la Asamblea General de Naciones Unidas, al votar una resolución patrocinada por más de 70 países que exigía la inmediata retirada de las tropas rusas del territorio ucraniano. Esta resolución (<https://bit.ly/3tdch96>) fue apoyada por casi todos los gobiernos de la región (incluido Argentina y Brasil), con excepción de Bolivia, Cuba,

El Salvador y Nicaragua que se abstuvieron (Venezuela no tenía derecho de participar al no haber pagado sus cuotas de adscripción a la ONU).

Finalmente, el 4 de marzo, se votó en el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas en Ginebra una resolución para crear una comisión internacional independiente que tiene el encargo de investigar presuntas violaciones de los derechos humanos cometidas desde el inicio de la agresión rusa contra Ucrania (<https://bit.ly/3MWfrWM>). Esta moción fue apoyada por los miembros latinoamericanos Argentina, Brasil, Honduras, México y Paraguay, mientras Bolivia, Cuba y Venezuela (gobierno Maduro) nuevamente emitieron abstenciones.

En el contexto político es de considerar que en 2022 tienen lugar importantes elecciones en América Latina, principalmente en Colombia (mayo) y Brasil (octubre), con candidatos de la izquierda progresista (Gustavo Petro, Luiz Ignacio de Silva) liderando las encuestas. Un conflicto internacional de este calibre que enfrente el occidente con Rusia y un dudoso posicionamiento de la otra potencia mundial, China, puede ofrecer un terreno de ataque para sus contrincantes, poniendo en duda sus valores democráticos e tratando de identificarlos con el eje Cuba-Nicaragua-Venezuela. Como resaltan varios autores de este dossier, existe una tendencia de configurar el conflicto en términos bipolares como una nueva Guerra Fría en la cual Rusia ocupa también ideológicamente –aun siendo un régimen conservador-nacionalista con una economía de rasgos capitalistas brutales– el papel de la otrora comunista Unión Soviética. Para parte de la izquierda latinoamericana que se define por su posición antiimperialista y que ha mirado siempre hacia Estados Unidos condenando sus intervenciones militares en la región y en el mundo, parece resultar difícil aplicar el mismo rigor al refutar las ambiciones rusas sobre Ucrania.¹ Como sostiene Raúl Zibechi, hay un sector de la izquierda y de los movimientos antisistémicos para el cual todo lo que va en contra del enemigo (=Estados Unidos, la OTAN), merece ser apoyado. (La Jornada, 11/03/2022, <https://bit.ly/3Ibfsm2>)

¹ Véase, entre otras voces críticas, Pablo Stefanoni, Contra la izquierda “tanquista”, el Diario AR 06/03/2022, <https://bit.ly/3wbe7tc>

Por lo tanto, observamos en varios países de la región debates en esta esfera política que no dejan escapar la oportunidad de discutir el papel y la responsabilidad de la OTAN en el conflicto. En este sentido, resulta importante analizar también la reacción de los supuestos «aliados incondicionales» de Rusia en la región. Apoyar decididamente la intervención/invasión/ocupación de un país soberano por otro, cuando la condena de este tipo de acciones llevadas a cabo por parte de Estados Unidos/OTAN forma parte del ideario político de los líderes cubanos, nicaragüenses y venezolanos, alberga cierto peligro para el propio futuro. Por esto, los principales mensajes de estos tres países están dirigidos a resolver el conflicto por medio de un diálogo diplomático, atendiendo los reclamos rusos por la seguridad regional.

En términos bilaterales, cabe recordar que Rusia llevaba estrechando sus lazos políticos y comerciales también con otros países de la región. En los primeros días de febrero, Vladímir Putin recibió a los presidentes de Argentina y Brasil en el Kremlin, mientras que su vice primer ministro Yuri Borisov visitaba Venezuela, Nicaragua y Cuba, firmando acuerdos de cooperación, incluido en ámbitos militares.

En los inicios de 2021, cuando Estados Unidos y la Unión Europea aplicaron vetos a las exportaciones de vacunas COVID-19 fabricados en sus países, las campañas de inoculación en varios países de América Latina empezaron –además de vacunas chinas– con la Sputnik V rusa. Si bien –aparte de las tres naciones mencionadas contra las que Estados Unidos mantiene sanciones económicas– Rusia no es un socio comercial principal en la región, existen importantes lazos sectoriales: importaciones de fertilizantes, trigo, petróleo, exportaciones de carne, diferentes productos agrícolas. La interrupción del comercio y el alza de precios de petróleo o trigo incita por lo tanto también en la recuperación de las economías latinoamericanas, muy castigadas por la contracción causada por la pandemia del COVID-19. Desde luego, los países exportadores de hidrocarburos o minerales como cobre o níquel en la región deberían verse también beneficiados por la subida de los precios de estas materias primas. Otra consecuencia a tener en cuenta será que, como en otras partes del mundo, la inflación ya ha aumentado en los últimos meses del 2021 en América Latina y tiende a ir subiendo.

Señalamos estas tendencias generales del impacto de la guerra en Ucrania en América Latina y el Caribe para luego dar voz y las reflexiones particulares desde los diferentes países y de acuerdo a los enfoques escogidos por las y los autores. Sin duda, se trata de instantáneas y miradas particulares de cada uno de ellas/ellos. No obstante, en su conjunto logran complejizar la división simplista entre los países que están del uno y del otro lado. Además, evidencian la importancia de mirar más allá de las posturas de los gobernantes, atendiendo a los debates públicos que se generan –o no generan. Estamos ante un conflicto internacional con –de momento– distintos, pero por lo general todavía limitados impactos directos sobre los países latinoamericanos; sean económicos, migratorios (repatriación de ciudadanos, acogida de refugiados) o políticos. Pero, en la medida en que se agudiza la guerra y se convierte en una nueva confrontación de un orden global bipolar, las repercusiones se van a sentir más. Esto es un sentir generalizado en una región, marcada por la violencia, en la que sin embargo a lo largo de su historia los conflictos entre países con pocas excepciones se han resuelto sin intervenciones armadas.

Argentina

Martín Bergel, 09/03/2022

Como en otras partes del mundo, las noticias del desencadenamiento de la guerra ruso-ucraniana fueron recibidas en la opinión pública argentina con verdadero estupor. Mientras distintas coberturas periodísticas acaparaban los primeros planos, transmitiendo desde entonces casi en continuado los avatares de la contienda, en las redes sociales líderes y referentes de distintas formaciones políticas no demoraron en pronunciarse, lamentando formalmente el hecho consumado de la invasión de Ucrania por parte del gobierno de Putin, y en algunos casos aventurándose a tomar posición. Con el paso de los días, las voces de los políticos cedieron protagonismo a la de intelectuales y periodistas especializados. En el trasluz de los debates, en los diversos intervinientes tendieron a cristalizar -muchas veces inconfesadamente- preferencias sobre uno u otro contendiente, filias y fobias que ganaron terreno en los posicionamientos.

Pero el tenor y la virulencia de las discusiones varió considerablemente según su ubicación en distintos lugares del espectro político. Como ocurre en otros países latinoamericanos, desde hace casi quince años -desde los inicios del gobierno de Cristina Kirchner y su conflicto con las entidades agropecuarias de 2008- la escena política argentina suele representarse bajo la figura de la “grieta”: dos campos antagónicos hegemonizados respectivamente por el peronismo en su versión centroizquierdista, y el frente Juntos por el Cambio, que bajo liderazgo del empresario Mauricio Macri ocupó la presidencia entre 2015 y 2019. Pero mientras en este espacio de centroderecha, así como en los grandes medios que comulgan con él, se arribó rápidamente a un consenso de cerrada defensa de la soberanía ucraniana y severas condenas contra la aventura de Putin, en las centroizquierdas e izquierdas (las kirchneristas y las no kirchneristas) se suscitaban acalorados debates sobre qué posturas adoptar. ¿A qué se debió tal diferencia en la intensidad de los debates? A mi entender, no exclusivamente a la mayor tradición de polémicas y discusiones sobre

temas internacionales de las izquierdas. Hay en el propio proceso del conflicto elementos que, mientras no propician serias divergencias en las derechas (con la excepción en algunos referentes de las nuevas derechas radicales de cuño “libertario”), activaron un terreno de ácidas discusiones en las izquierdas y los sectores progresistas. Aunque voy a referirme principalmente al caso argentino, creo que el fenómeno se verifica en otros países latinoamericanos.

Para ir al punto, creo que para las derechas y centroderechas los aspectos más evidentes e inmediatos que desencadenaron la guerra -el Rubicón que cruzó el gobierno de Vladimir Putin al invadir y bombardear el Estado soberano de Ucrania-, coinciden con sus orientaciones ideológicas generales. La fenomenología de los hechos bélicos es coherente con sus creencias más profundas. Por eso en las filas de Juntos por el Cambio hubo consenso casi automático en relación a la posición a adoptar, y en la inauguración del año legislativo con la presencia del presidente Alberto Fernández el pasado 1 de marzo sus diputados lucieron banderitas ucranianas. Incluso la emergente nueva derecha libertaria se ubicó a distancia de los coqueteos con Putin de otras agrupaciones y figuras de extrema derecha continentales y mundiales -como el caso del presidente brasilero Jair Bolsonaro-, mostrándose fervientemente alineada con los gobiernos de los principales países occidentales (su estrella mediática en ascenso, el diputado Javier Milei, se limitó a endilgar a Joe Biden timidez en su reacción frente a Rusia, elogiando por contraste a Donald Trump).

En cambio, para las perspectivas de izquierda, progresistas y nacional-populares latinoamericanas (y para sus sentimentalidades, puesto que las dimensiones identitarias y afectivas suelen verse especialmente movilizadas por las guerras), los hechos inmediatos fueron difíciles de ubicar. Un país de pasado comunista, que supo ser el polo alternativo a la hegemonía mundial norteamericana en tiempos de la Guerra Fría, invadía a otro territorio soberano (curioso caso de lo que alguien llamó “antiimperialismo imperialista”). De allí que las noticias del ataque ruso fueran rápidamente colocadas en contextos más amplios. La palabra “geopolítica” fue usada y abusada para construir esos contextos. Y en particular, se

abrió un campo para las incursiones en la historia con arreglo a ofrecer explicaciones del conflicto.

Esos “usos de la historia” varían en sus periodizaciones y focos de análisis: pueden remontarse a la Rusia zarista, a las políticas de Lenin y los bolcheviques en relación a la cuestión de las nacionalidades en la nueva Unión Soviética, al rol de rusos y ucranianos frente al nazismo, a la expansión de la OTAN hacia el Este luego de la caída del Muro de Berlín, a la historia del imperialismo y los atropellos norteamericanos, o el más cercano Euromaidán de 2013-2014 y la posterior anexión rusa de Crimea. En sus énfasis han perfilado distintas posiciones, que van desde denuncias a la “guerra interimperialista” (la posición de los partidos trotskistas argentinos reunidos en el Frente de Izquierda, de significativa presencia electoral), a defensas más o menos solapadas y vergonzantes del régimen de Putin. La posición esgrimida por el presidente electo chileno Gabriel Boric, de condena sin ambages de la invasión rusa (sin ningún tipo de relativización o contrapeso), que anuncia quizás la emergencia de una línea de izquierda claramente alternativa al eje bolivariano dominante en América Latina en las últimas dos décadas, parece limitarse en Argentina a algunos comunicadores e intelectuales (como el psicoanalista Jorge Alemán, un discípulo de Ernesto Laclau que suele animar los debates de las izquierdas latinoamericanas, pero que no causalmente lo hace desde España).

Esas ambivalencias y ambigüedades se han reflejado en la coalición centroizquierdista gobernante, que desde hace unos meses atraviesa un momento crítico por diversas líneas de tensión entre quienes respaldan al presidente Alberto Fernández y quienes se referencian en la vicepresidenta Cristina Kirchner. Aunque el primer mandatario inicialmente condenó la invasión de Putin, luego se abstuvo en la condena impulsada por una amplia mayoría de países de la OEA un día después de iniciado el conflicto. En líneas generales, puede decirse que una sensibilidad difusamente antiimperialista y antiyanqui (e incluso antieuropeísta) ha inhibido a la mayor parte de los integrantes del gobierno de pronunciamientos abiertos contra Putin; un hecho que se revela de modo más desembozado en la gran mayoría de

seguidores del gobierno en las redes sociales, que en muchos casos disimulan apenas sus simpatías por el accionar ruso.

En suma, la dificultad de emitir una condena sin contrapeso a la acción bélica de Putin ha abierto la caja de pandora de los recursos históricos, al gusto y la preferencia del intérprete. Y es que, como solía insistir Eric Hobsbawm, la historia de las guerras y los nacionalismos es necesariamente la historia de la selección y/o la invención de narrativas o relatos del pasado, que se vuelven campo de batalla y espacio discursivo preferencial para las tomas de posición en el presente. A esa tarea se han entregado, para fundamentar sus posiciones sobre la guerra en ciernes, muchos referentes de izquierda e intelectuales en Argentina y América Latina.

Brasil

Aico Nogueira, José-Vicente Tavares dos Santos, 07/03/2022

La dualidad ha marcado la posición brasileña al desencadenarse el conflicto europeo, tanto en lo que respecta a las manifestaciones internas del gobierno como en las posiciones del país en los organismos internacionales.

Internamente, el gobierno de Jair Bolsonaro ha estado enviando señales contradictorias sobre el conflicto europeo. Una semana antes del estallido de la guerra, el 16 de febrero, el Presidente de la República estuvo de visita oficial en Rusia y elogio al presidente Putin, resaltando la relación entre ambos países como un «matrimonio perfecto». Después, fue a Hungría. Lo que puede explicar tal postura es una alianza con el conservadorismo de los presidentes de ambos países, su religiosidad, además de un intento de militarización de la sociedad.

La declaración de solidaridad de Bolsonaro con Rusia causó insatisfacción a la diplomacia brasileña y desgaste internacional de Brasil, especialmente con Estados Unidos, que había expresado su oposición a la visita presidencial, en medio de una mayor tensión en la frontera ruso-ucraniana, y solicitó formalmente que se la pospusiera.

Desde entonces, en el conflicto entre Rusia y Ucrania, Bolsonaro ha defendido una posición de neutralidad para Brasil y se ha ahorrado críticas al presidente Putin. Además, desautorizó públicamente las declaraciones del vicepresidente Hamilton Mourão, quien además de criticar las acciones rusas en Ucrania, las comparó con el asedio nazi a las naciones europeas entre las décadas de 1930 y 1940. Al mismo tiempo, el gobierno brasileño decidió otorgar visas de ayuda humanitaria a los ucranianos que llegan a Brasil huyendo de la guerra.

En términos diplomáticos, desde una posición vacilante para condenar las acciones del presidente ruso, Brasil votó en contra de Rusia en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde el país tiene un asiento temporal. Sin

embargo, no apoyó las críticas a Rusia realizadas en un comunicado emitido por la Organización de Estados Americanos (OEA).

La negativa inicial del gobierno Bolsonaro a cumplir con la solicitud estadounidense de cancelar la visita de Estado a Rusia fue un intento de Brasil de mostrar cierta independencia de los Estados Unidos. Cabe destacar que, con el fin de la administración de Donald Trump en Estados Unidos, de la que la administración de Bolsonaro fue aliada incondicional, y ante las críticas del nuevo presidente, Joe Biden, especialmente a la postura brasileña en relación con la protección del medio ambiente, el gobierno brasileiro está buscando un realineamiento estratégico internacional. Otro punto que destacar es la necesidad de que el presidente brasileño demuestre fortaleza a su electorado, en un año electoral en el que las encuestas apuntan a un fracaso casi inminente en su candidatura a la reelección.

En términos de relaciones binacionales con los dos países en guerra, los principales intereses que conectan a Brasil con Rusia y Ucrania son comerciales en áreas como agricultura, energía y defensa. Por un lado, Rusia es el mayor proveedor brasileño de fertilizantes, producto esencial para la agroindustria que representa el 60% de las exportaciones de Brasil. Las exportaciones brasileñas a Rusia, especialmente de soja, rondaron los US\$ 1,5 mil millones en los últimos años, con potencial de gran crecimiento.

En cuanto a posibles impactos de la guerra en Europa, el alza de los precios del petróleo y sus derivados, y sus impactos en la inflación mundial, esto contribuiría al aumento de la inflación brasileña, que ha sido ya muy alta en los últimos dos años (más del 10% por año). También las sanciones impuestas a Rusia podrían afectar fuertemente la capacidad exportadora/importadora rusa, perjudicando la balanza comercial brasileña. Y el empeoramiento de los indicadores económicos en Brasil podría comprometer fuertemente el resultado en las elecciones brasileñas de este año.

Sin perjuicio de que la posición brasileña sobre la guerra no sea importante en el escenario internacional, en un ambiente de negociaciones de mediano plazo, involucrando instituciones como la Unión Europea y Mercosur, o incluso acuerdos bilaterales con países que hoy se oponen a la Rusia, Brasil puede tener dificultades

para obtener ganancias comerciales e incluso inversiones financieras. Además, un posible deterioro de las relaciones comerciales con los Estados Unidos, después de China el principal socio comercial de Brasil, será seguramente el factor negativo de mayor impacto en la economía brasileña.

Mientras tanto, los debates en la prensa brasileña se centran en condenar las acciones rusas en Ucrania, sin ofrecer una visión histórica y crítica del proceso. La excepción son los canales de televisión paga, vistos principalmente por las clases medias, que tienen debates con especialistas que presentan opiniones críticas sobre lo que está pasando. Hay por lo menos dos grandes posiciones en la cobertura mediática. La primera sería la adhesión a la perspectiva estadounidense y europea de que se trata de un despotismo ruso, que amenaza la paz mundial y no respeta a la soberanía de Ucrania. Es una guerra con graves violaciones de derechos humanos. La segunda, aún condenando los actos militares y la pérdida de vidas humanas, de civiles y militares de ambos lados, subraya que habría que analizar los antecedentes de la confrontación entre, básicamente, los Estados Unidos, la Unión Europea y la expansión de la OTAN con vistas a rodear la Rusia, desde el final de la URSS.

Finalmente se debe de mencionar la grande aprehensión por la crisis humanitaria y la violación de derechos humanos que la invasión rusa está provocando. Recordemos que en Brasil viven 1,8 millones de descendientes de inmigrantes rusos y 800 mil descendientes de inmigrantes ucranianos. Estos empiezan a desencadenar acciones de solidaridad. Hay un consenso de que esta situación social de acogida por Brasil no puede ser perjudicada por los acontecimientos, de modo a no dar margen a ninguna discriminación a cualquier grupo social.

Concierne a la búsqueda de una concertación entre las sociedades contemporáneas que se fundaría en el multilateralismo, en la garantía de los derechos humanos y en el reconocimiento de todas las sociedades y culturas. Así como en el respecto a la soberanía política y a la integridad territorial de las naciones. En otras palabras, delinease una tarea urgente para las ciencias sociales, la de fabricar una explicación compleja de la situación, más allá de los noticieros y de las notas oficiales.

Chile

Mayarí Castillo, 09/03/2022

La reciente crisis desatada por la invasión a Ucrania de parte de Rusia ha impuesto el desafío a América Latina en varios aspectos, a nivel geopolítico y económico, primordialmente. La posición de Chile en este contexto no ha sido diferente, saliendo rápidamente a dar pasos decididos de apoyo a las políticas de OTAN y manifestando su apoyo a Ucrania en términos humanitarios.

Esta crisis encuentra a Chile en la transición entre dos gobiernos opuestos: el gobierno saliente de la derecha, que ha encabezado Sebastián Piñera y en el marco del cual asistimos a una importante revuelta en el año 2019, que movilizó amplios sectores de la población y que derivó en un acuerdo para la elaboración de una nueva constitución, proceso en curso. El gobierno de entrante, por su parte, encabezado por los otrora líderes del movimiento estudiantil, busca marcar un viraje a la izquierda y enfrenta los desafíos de una economía en crisis: una creciente inflación, aumento en cifras de pobreza y la necesidad de controlar el gasto fiscal, aumentado en el marco de los subsidios entregados por el gobierno anterior en el marco de la pandemia y el gasto público que implicó enfrentar esta crisis sanitaria.

En este marco, la crisis Ucrania/Rusia golpea fuerte a la economía chilena, sobre todo a partir del precio del petróleo y los efectos que su alza tiene en algunas importaciones estratégicas como el trigo, base de la alimentación chilena. Ambos hechos aumentan la presión inflacionaria sobre la canasta básica y por ello, tendrá efectos directos en la población. Fuera de esto, Chile mantiene comercio con Rusia de salmones, cobre y uvas, a la vez que importa abonos, carbón y otros insumos relevantes para la producción de alimentos en Chile. Si bien no hay inversiones directas rusas en Chile registradas al 2020, si hay participación de capitales rusos en algunas de las empresas de minería de oro y un creciente interés de este país por las licitaciones de litio, recientemente adjudicadas a empresas norteamericanas y chinas.

Esta licitación contó con ofertantes rusos en la terna de adjudicación, lo que también marca un interés de esta potencia por ciertos recursos estratégicos chilenos como el litio, en el marco de la diversificación de la matriz energética que están haciendo los países en las últimas décadas.

En este contexto, las posiciones de Chile frente a la crisis no mostraron discrepancias entre el gobierno saliente de Sebastián Piñera y el gobierno entrante, ambas de apoyo a la posición de OTAN y a mantener los aliados históricos de Chile en términos geopolíticos y socios comerciales. Estos se alinearon mayoritariamente en apoyo a Ucrania, a excepción de China. El recién electo presidente Gabriel Boric salió rápidamente vía twitter a condenar la invasión a Ucrania, lo que levantó molestia y debate al interior de su propia coalición. Tanto el Partido Comunista, uno de los más grandes de la coalición Apruebo Dignidad, como en el mismo partido del presidente Gabriel Boric, Convergencia Social, levantaron declaraciones en función de apuntar la complejidad histórica de las relaciones entre Rusia y OTAN en este conflicto, a fin de matizar la posición de Chile frente a este conflicto.

La administración saliente, en tanto, con un Canciller que recientemente debió ser desvinculado por asumir un cargo en España mientras ejercía sus funciones públicas, sin una cabeza fuerte a cargo, anunció su repudio y que se sumaría a las sanciones establecidas, incluyendo el veto hacia la participación de empresas rusas en la FIDAE, espacio de exposición aeroespacial, de defensa y seguridad. Este último hecho en particular fue mediáticamente muy utilizado, a fin de mostrar acciones concretas que alineen la posición de Chile a la de OTAN.

En este escenario y en el marco de una conocida concentración de medios de información en Chile, la construcción del conflicto en términos mediáticos se ha alineado también a la visión oficial, poniendo especial énfasis en la crisis humanitaria provocada por la invasión, la brutalidad del ejército ruso y el retorno, cuando ha sido necesario, de ciudadanos chilenos a territorio nacional. Los equipos de prensa de las principales cadenas de noticias en Chile han sido enviados a registrar estos hechos, siendo una de las principales coberturas la de la alianza de noticias entre Chilevisión y CNN, que se emite diariamente en el horario principal. Así tanto la visión oficial

como la de los medios, la posición de Chile si bien periférica en un conflicto entre potencias, no es susceptible de mayores sorpresas en el futuro, encontrándose cierta continuidad, pese a los reparos que pueden inducir matices, en la nueva administración que entrará a Moneda el próximo 11 de marzo.

Colombia

Roberto González Arana, 10/03/2022

El actual gobierno colombiano ha tomado partida en favor de Ucrania de manera enfática y ha denunciado en distintos escenarios internacionales la agresión rusa a este país. Es muy importante tomar en consideración los siguientes aspectos: Aunque históricamente Colombia ha sido el socio estratégico latinoamericano más cercano a los Estados Unidos, el actual gobierno se siente en deuda con la administración de Joe Biden, dado que en tiempos de campaña para las elecciones presidenciales de 2020 en los Estados Unidos, el Centro Democrático (partido del presidente colombiano) hizo proselitismo en La Florida en favor de Donald Trump a través de sus congresistas e incluso, por medio del embajador colombiano en Washington. Tal es el nivel del distanciamiento personal Biden-Duque que apenas después de 15 meses de iniciado el actual gobierno norteamericano este aceptó reunirse con el presidente Iván Duque.

Otro punto a considerar es que el actual gobierno colombiano ha tenido unas relaciones muy tensas con Rusia y Cuba, retornando al discurso de la Guerra Fría, acusando a Rusia de espiar al país y expulsando a algunos diplomáticos de la embajada rusa en Bogotá.

En Colombia sí ha habido debate respecto a la postura del gobierno ante el conflicto pues justo en el país se está llevando a cabo la campaña para las elecciones presidenciales de mayo próximo. Los candidatos de derecha han respaldado la postura oficial del presidente, pero desde la izquierda le critican por estar interviniendo en un conflicto ajeno y, asimismo, por tender una *cortina de humo* ante su bajísima popularidad.

En el caso de Colombia, su interés en el conflicto de Ucrania es reiterar su lealtad al gobierno de los Estados Unidos apoyando a Washington, a la OTAN y simultáneamente, cuestionando a un país socio de Venezuela como lo es Rusia. La

tesis que sostiene hoy Colombia es que Rusia constituye una amenaza para el país tanto en las elecciones presidenciales como por su cercanía al gobierno de Nicolás Maduro, al cual el presidente Duque ha acusado ante la Corte Penal Internacional de cometer genocidio contra su población. El gobierno colombiano no reconoce al de Maduro sino a Juan Guaidò como presidente. Por ello, a Duque le ha sorprendido mucho la reciente reunión de funcionarios del gobierno norteamericano con el presidente Nicolás Maduro.

Como bien lo sostiene la internacionalista Arlene Tickner: «La crisis en Ucrania dio la oportunidad que el presidente Duque ha buscado de utilizar *la amenaza rusa* para sumar puntos frente a EEUU y desacreditar en simultánea a Venezuela» (La foto soñada, El Espectador, 08/03/2022, <https://bit.ly/3KMeHBM>).

En cuanto a las perspectivas del país, según las encuestas la tendencia se inclina por la elección de Gustavo Petro en mayo próximo, candidato de la izquierda, lo cual sería inédito en un país gobernado 200 años por sectores tradicionales. En este sentido, Colombia se sumaría la tendencia regional de países como Chile o Perú, u otros como Brasil que parecieran encontrar opciones alternativas a la derecha.

Los medios de comunicación en Colombia, mayoritariamente apoyan al gobierno por ser de grupos privados con intereses económicos particulares. Esos medios respaldan la visión de una Rusia como país hostil. En contraste, han surgido portales y medios alternativos como la revista Cambio Colombia, la Línea del Medio, Noticias Uno, entre otros. Estos también se oponen a la invasión, pero sus análisis son mucho más equilibrados y menos sensacionalistas.

Para concluir, llama la atención la campaña mediática interna contra Rusia y sus ciudadanos que contrasta con el bajo perfil de los medios ante eventos como la invasión a Irak, Afganistán o Libia. Todos parecieran avalar la tesis del *excepcionalismo norteamericano*.

Costa Rica

David Díaz Arias, 05/03/2022

Costa Rica, auto-declarada desde 1983 como perpetuamente neutral, ha sido históricamente una nación aliada de Estados Unidos. Quizás solo fue excepción a esa regla, la política exterior del periodo 1986-1987 que enfrentó el plan de Ronald Reagan de convertir este país en un frente sur activo y oficial que sirviera como base militar al gobierno de Washington en su lucha contra la Nicaragua sandinista, en uno de los últimos bastiones donde se jugó la hirviente Guerra Fría en el Sur Global. En ese conflicto entre la antigua Unión Soviética y los Estados Unidos, desde tan temprano como 1948, Costa Rica se definió como partidaria de la potencia del norte e incluso el líder político José Figueres Ferrer legitimó internacionalmente su levantamiento de marzo-abril de ese año, como el primer escenario latinoamericano donde había sido derrotado el comunismo soviético internacional. Sin duda, excluyendo a un porcentaje pequeño de la población que se identificaba con el antiguo mundo soviético, los costarricenses entraron en la Guerra Fría consumiendo ávidamente las imágenes y representaciones occidentales que volvieron a la URSS lo que Ronald Reagan denominó como «el imperio del mal» (8 de marzo de 1983). A eso contribuyó también, todo hay que decirlo, el discurso xenófobo costarricense contra los sandinistas, que llevó a crear una ilógica, pero fácil de difundir, tesis que volvía sinónimos a los nicaragüenses con los soviéticos «dictatoriales» y a los costarricenses con los occidentales «demócratas».

Ese imaginario del periodo 1948-1991 se actualizó en Costa Rica desde que Vladímir Vladímirovich Putin ha ejercido el poder político en Rusia, particularmente porque, como antaño, la Rusia de Putin se ha convertido en una aliada del cuestionado y autoritario gobierno nicaragüense de Daniel Ortega Saavedra. De hecho, en 2016 Moscú donó 50 tanques de fabricación rusa a Nicaragua y el 18 de enero de 2022 Putin renovó su apoyo a Ortega, al felicitarlo por su reelección como presidente de Nicaragua y subrayar su «apoyo invariable a los esfuerzos del gobierno

nicaragüense para garantizar la soberanía nacional». Cabe anotar, al respecto, que en Costa Rica han buscado asilo miles de nicaragüenses perseguidos por el régimen de Ortega; es decir, otra vez, entre los dos países las cortas distancias territoriales no son equivalentes a las gigantescas separaciones creadas en el imaginario internacional. Es como si en Centroamérica, por un capricho histórico, se hubiera repetido aquella imagen recordada por Walter Benjamin en su *Über den Begriff der Geschichte* (1942), de ciudadanos en París disparándole a los relojes en 1830 para detener el tiempo.

Justamente, debido a ese cuadro anterior y a la posición de Costa Rica como nación sin ejército desde 1948, la invasión de Rusia a Ucrania ha sido rechazada y condenada por el gobierno costarricense y denunciada por los principales medios de comunicación nacionales tanto en televisión, como en prensa escrita y redes sociales. Por eso, desde que inició el movimiento militar el 24 de febrero de 2022, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, el gobierno costarricense condenó la ofensiva rusa por contravenir «la letra y el espíritu de Carta de las Naciones Unidas», así como las resoluciones de la Asamblea General y los acuerdos multilaterales, por concebirla como «una grave amenaza a la paz y seguridad internacionales», y por negar «la oportunidad que el espacio multilateral ofrece para alcanzar acuerdos». Firmemente, el gobierno costarricense condenó «el uso de la fuerza y la violación de la soberanía y la integridad territorial de Ucrania». Geopolíticamente, para Costa Rica el conflicto ruso-ucraniano se muestra como una vitrina para insistir en la paz como vía para el mundo y llamar la atención sobre otras problemáticas urgentes en las que este país es líder.

La posición costarricense fue reafirmada por el Consejo de Gobierno el 1 de marzo de 2022, en una declaración que subrayó el imaginario nacionalista costarricense sobre su país, al indicar: «Cada guerra es una herida a toda la humanidad. Con la legitimidad histórica y moral de un país que renunció a las armas, Costa Rica pide el cese inmediato del ataque a Ucrania». Para este país, las principales luchas internacionales que se deben dar son por la recuperación económica, la lucha contra el cambio climático, la atención a las necesidades de salud y el respeto a los derechos humanos: «¡El diálogo y la paz son el único camino!».

Internamente, la opinión pública costarricense se ha decantado por condenar a Rusia y reproducir las notas informativas creadas por noticieros europeos y estadounidenses sobre el conflicto, sobre Putin y sobre sus pretensiones. Se trata, nuevamente, de un imaginario de categorías binarias: buenos contra malos, demócratas contra autoritarios, paz contra guerra, etc. Junto a eso, los principales medios nacionales han realizado entrevistas con costarricenses residentes en Ucrania (no han entrevistado ninguno que resida en Rusia), para solicitarles describir su situación y su testimonio de cómo la invasión trastornó sus vidas y cómo han tenido que emprender una carrera hasta la frontera más cercana, que les permita salir del peligro inmediato. Esas entrevistas se han complementado con las de los familiares de esas personas en Costa Rica. Como parte de la generalizada identificación con Ucrania, el 28 de febrero de 2022 decenas de costarricenses se desplazaron al aeropuerto Juan Santamaría, para recibir un avión de carga ucraniano, cuyo arribo había sido informado por Facebook y fue representado como la oportunidad para mostrar el apoyo de la ciudadanía costarricense a aquel país europeo.

Asimismo, los medios han echado mano de «especialistas» locales para que se refieran al conflicto utilizando la ambigua categoría de «analista internacional» para identificarlos y legitimarlos. Como se podría esperar, esos analistas repiten los argumentos sobre Putin que lo describen como un nuevo «zar» que quiere reestablecer «la gloria rusa». Dentro de esos analistas ha resaltado Rogelio Pardo Maurer, un ciudadano costarricense-estadounidense, graduado de la Universidad de Yale y de la Universidad de Cambridge, políglota (habla inglés, español, alemán, francés, italiano y ruso), quien «jugó un papel directo en el apoyo a la resistencia contra el Frente Sandinista de Liberación Nacional, en Nicaragua», prestó servicio en la infantería estadounidense y ha sido sub-secretario de Defensa de Estados Unidos. Entrevistado en el principal medio de televisión nacional a la hora del almuerzo, con repetición de sus argumentos en el noticiero de la hora de la cena, Pardo se mostró como contrario a los «pacifistas» y alentó una acción militar agresiva contra los rusos. Incluso, en una de esas entrevistas indicó cómo él mismo había participado «en ejercicios» con jabalina para explicar cómo se podían aniquilar las columnas de

tanques rusos. Esa contradicción de un país que clama por la paz, pero ofrece espacio televisivo a alguien contrario a ese espíritu, se representa también en el país democrático donde el canal oficial televisivo ruso RT fue sacado del aire por las empresas de cable costarricenses el 3 de marzo de 2022.

Sin duda, el principal impacto de la guerra en Costa Rica es económico. El país había comenzado el 2022 con un crecimiento que presagiaba un buen año para atacar los efectos económicos de la pandemia, pero el conflicto volvió menos halagüeños los pronósticos. Así, el aumento en los precios del petróleo dejó en evidencia que el país entero resentirá una mayor inflación, un menor crecimiento y un aumento del precio de las mercancías. Esa situación, no hay que olvidarlo, ocurre en una Costa Rica que se enfila a la segunda ronda electoral para elegir su presidente para el periodo 2022-2026 y en la que se enfrentarán dos candidatos que en la primera ronda lograron movilizar, juntos, un poco más de 900 mil votos, en un padrón electoral compuesto por 3.541.908 ciudadanos.

Cuba

Willian Espronceda Rodríguez, 07/03/2022

La manera en la que la comunidad internacional ha abordado el conflicto militar ruso-ucraniano, ha dependido de la situación concreta en la que se encuentran países y regiones en el complejo sistema internacional. Así, se han expresado diferencias teniendo en cuenta múltiples dimensiones: historia internacional de las naciones, alianzas, intereses políticos-económicos regionales y globales, grado de influencia internacional, cosmovisión occidental u oriental. La región latinoamericana y caribeña y Cuba en específico, también ha tenido sus propios condicionamientos y puntos de partida.

Tras el enfriamiento de las relaciones entre Cuba y Rusia con el derrumbe del socialismo soviético, ambas naciones intensificaron su relación bilateral, aunque nunca como en el periodo precedente. Para Cuba la nación rusa es un aliado estratégico, primer condicionamiento, lo cual implica que cualquier análisis debe partir de este punto; y de otro estrechamente relacionado: Estados Unidos. Y es que la política exterior cubana hay que leerla en clave del conflicto con esta nación nortea. Si Rusia se debilita como potencia, Cuba no solo pierde un fuerte aliado, sino también, como juego de suma cero, se incrementa la influencia estadounidense, lo cual revela al menos dos rasgos que distinguen este proceso. Considerada así, la relación triangular Cuba-Rusia-Estados Unidos, como proceso interconectado, marca la forma y el contenido del posicionamiento de la Isla caribeña, frente al conflicto bélico ruso-ucraniano.

Otro punto de partida. Cuba es un país pequeño, subdesarrollado y ha padecido la conquista, colonización e intervenciones militares; esto lo sitúa del lado de los agredidos y amenazados. Esta es una de las razones por la cual, desde 1959, el gobierno revolucionario ha levantado la bandera del antiimperialismo y defendido el movimiento de los no alineados. Asimismo, ha abogado por el principio de no intervención y el respeto a la soberanía nacional.

El entrecruzamiento entre ambos factores condicionantes: el apoyo a Rusia como aliado, por una parte, y la defensa de la diplomacia y la paz como medio de negociación, por otra; ha tenido como resultado la formulación de las declaraciones del gobierno cubano. Aunque en el balance, el apoyo a Rusia ha sido más significativo, en tanto no se ha condenado la intervención militar directamente.

En las relaciones internacionales el interés nacional y los principios que se declaran con frecuencia entran en contradicción. La declaración del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba logra articular en buena medida, tanto el interés nacional con el principio de solución pacífica de los conflictos, al hacer un llamado a «Estados Unidos y a la OTAN a atender de manera seria y realista los fundados reclamos de garantías de seguridad de la Federación de Rusia, que tiene derecho a defenderse»; y paralelamente plantear que la vía armada no es la solución: «Cuba aboga por una solución diplomática a través del diálogo constructivo y respetuoso. Llamamos a preservar la paz y la seguridad internacionales».¹

El matiz de la declaración anterior se vio reforzada días después, cuando el gobierno cubano se abstuvo de votar en contra de la resolución de condena a Rusia, cuando no pocos pensaron en una alineación absoluta de la Isla caribeña. Así el representante de Cuba ante la ONU afirmó: “Rusia tiene derecho a defenderse. No es posible conseguir la paz cercando ni acorralando a los Estados. El texto bajo consideración de esta Asamblea General adolece de las mismas carencias y del necesario balance”; sin embargo, al mismo tiempo planteó que «la posición de Cuba es firme y consistente. Defendemos el Derecho Internacional y estamos comprometidos con la Carta de la ONU. Defendemos la paz en todas las circunstancias y nos oponemos sin ambigüedades al uso o amenaza de uso de la fuerza contra cualquier Estado».²

Conviene, sin embargo, destacar que una cosa es la alta política, el fin de transitar de la diplomacia, y otra, las representaciones y las actitudes del ciudadano

¹ Declaración del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba. La Habana, 22 de febrero de 2022.

² Pedro Luis Pedroso Cuesta, representante permanente de Cuba ante las Naciones Unidas, 01/03/2022, <https://bit.ly/34ISa9n>.

común. Sin tener una muestra representativa de las opiniones de los cubanos residentes o no en Cuba, no sé si alguien la tiene, se pudiera decir que existe un debate en la opinión pública en torno al conflicto bélico Rusia-Ucrania. Algunos creen que Rusia ha actuado en legítima defensa ante la amenaza que supone el acercamiento de la OTAN, a través de Ucrania y el apoyo de Estados Unidos. Otros en cambio, plantean que Rusia intenta ampliar su poderío como potencia e interviene injustificadamente en Ucrania.

En otro grupo se encuentran los que, aun entendiendo que la OTAN y Estados Unidos son los principales responsables de las causas que han llevado al actual conflicto bélico, están en contra de la intervención rusa, en tanto viola los principios de no intervención de un Estado soberano y creen firmemente en la solución pacífica en la resolución del conflicto. En cambio, otro grupo, sin entrar en disquisiciones teóricas o explicaciones en el ámbito de las relaciones internacionales, simplemente está en contra de la guerra en cualquiera de sus circunstancias.

Completando los grupos anteriores, se encuentra una red, sobre todo fuera de Cuba, con cierta articulación, financiada y apoyada por Estados Unidos, cuyo objetivo es desprestigiar al gobierno cubano. En esta dirección, dicha red inunda las redes digitales satanizando la relación bilateral entre Cuba y Rusia.

En este amplio y rico debate político de la opinión pública de los cubanos, en el que algunos apoyan, otros matizan o critican las declaraciones oficiales; el criterio que parece inclinar la balanza es el relacionado con la paz como medio de solución del conflicto bélico, sin desconocer las complejas causas que lo provocaron.

Ecuador

Franklin Ramírez Gallegos, 09/03/2022

Aunque el colectivo de ecuatorianos/as residentes en Ucrania es uno de los más extensos entre los países latinoamericanos, y aún si Rusia es el quinto mayor destino de las exportaciones nacionales, el debate sobre la nueva guerra en Europa no ha prosperado más allá de ciertas querellas sobre el «comunismo ruso» o la repatriación de los connacionales atrapados por el conflicto. A menos de tres semanas del inicio de la invasión rusa, aún más, las noticias sobre la guerra no tienen mayor centralidad en la prensa nacional y el asunto solo parece ocupar a los (no pocos) editorialistas especializados en cuestiones internacionales.

La baja intensidad del debate público resultaría sorprendente si se piensa que las dos primeras fuerzas legislativas del país –Pachakutik (PK), instrumento electoral cercano al movimiento indígena y Revolución Ciudadana (RC), el movimiento liderado por el expresidente Rafael Correa– han tenido históricamente posiciones críticas con cualquier alineamiento del Ecuador a la política exterior de los EEUU, a saber, exactamente la posición del gobierno nacional presidido por Guillermo Lasso. A dos días del inicio del conflicto, en efecto, Lasso condenó la agresión rusa y ratificó su compromiso con el multilateralismo y con las decisiones que pudiera tomar el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para restablecer la paz. En adelante, sin embargo, no ha abundado en pronunciamientos al respecto. Es probable que la relativa prudencia presidencial –ligada a que, a pesar de su cercanía con Washington, el ex banquero se reunió con Putin en agosto 2021 para impulsar iniciativas productivas y un acuerdo comercial– haya contribuido a la escueta politización de la guerra en el debate nacional. Aquello no oculta, empero, tres cuestiones: la incapacidad que vienen mostrando RC y PK como fuerzas de oposición y vectores de organización contra-hegemónica en momentos de dominio político de una derecha radicalizada; la configuración de buena parte del movimiento Pachakutik en aliado del gobierno; y, el muy escueto interés y la escuálida reflexión crítica de las izquierdas

y movimientos sociales sobre las relaciones internacionales. No se trata, lógicamente, de asumir que tal sector debía necesariamente oponerse al oficialismo, sino de entender las razones de la profunda indiferencia de la política nacional con un asunto que estremece al globo. Como fuese, en medio de una profunda crisis social, el espesor de los conflictos domésticos ocupa todo el espacio de las controversias públicas.

Así, cuando las élites y los grandes medios se han ocupado del tema han tendido a enmarcar la guerra como efecto de la ‘atroz ideología comunista rusa’. Semejante operación –que combina mala fé, alucinaciones ideológicas y profunda ignorancia– les permite, en el mismo acto, asociar a Putin con la izquierda latinoamericana y, en particular, con sus adversarios locales (correístas, indígenas, populistas). Un ex vicepresidente de la República, influencer y frecuente panelista televisivo trinó el 1 de marzo: «(...) la conducta [rusa] confirma el gran riesgo donde sea que un tirano no tenga los controles de la democracia, y el maldito ADN del marxismo Leninismo soviético que todavía algunos lo idealizan en Latinoamérica» (<https://bit.ly/35GStCi>). Otras figuras públicas y periodistas han replicado la tesis.

La resonancia de tal dislate obedece, no obstante, a que las proyecciones ideológicas de ciertas izquierdas también operan en piloto automático que asocia a Rusia con un aliado geo-político contra el ‘imperialismo yanqui’ o el ‘avance de occidente’. Rémoras de la Guerra Fría. Muy enclaustrados en las redes sociales, semejantes discursos han generado cierta interacciones y querellas públicas en circuitos militantes ecuatorianos. No son pocos, en efecto, los/las que compraron el relato de Putin que solo explica la guerra como respuesta a los intentos expansionistas de la OTAN. Las críticas de Gabriel Boric a la ofensiva rusa han generado, de hecho, fuertes reacciones y sospechas en dicha militancia respecto a las credenciales ideológicas del recién electo presidente chileno. El posicionamiento de Cuba o Venezuela refuerza, en esos circuitos, tal escepticismo. Las críticas que han recibido no son menores y evidencian que el discurso izquierdista ecuatoriano se renueva (y se desprende del guión correísta). Son estos sectores que han hablado de Putin y

«sus» oligarcas, de su compromiso con la privatización neoliberal, de su expansionismo neozarista, de la represión interna, en fin.

Más allá de los debates político-ideológicos en pequeños corredores de las redes sociales, el único momento en que las dinámicas de la guerra llamaron la atención de actores políticos, sociales y mediáticos giró en torno a las controversias por la repatriación de cientos de ecuatorianos/as residentes en Ucrania que tuvieron que abandonar el país de un momento a otro en medio del conflicto. Súbitamente el país descubrió que el colectivo ecuatoriano que habitaba en Ucrania (850 personas) era el más importante entre los latinoamericanos, que la mayoría de ellos eran estudiantes universitarios (muchos de ellos en situación de irregularidad migratoria) y que requerían de intervención directa del Estado para poder salir sin contratiempos de la zona de guerra. La oposición política levantó la voz para demandar a Cancillería celeridad, calidez y eficacia en la repatriación. Su reclamo fue aún más potente cuando llegó información de que algunos/as de quienes emprendieron el éxodo no querían volver al Ecuador y preferían permanecer en Europa. Semejante preferencia evidenciaba el deterioro de las condiciones de vida –en los últimos años se reactivó la estampida migratoria a países del norte– y las nulas expectativas de los/as jóvenes por armar sus proyectos vitales en su país de origen. El proyecto neoliberal de Lasso no ilusiona. El Canciller confirmó que 20% de los residentes en Ucrania¹ querían permanecer en suelo europeo y que incluso llegaron a demandar la mediación del gobierno para acceder a visas de turistas. Una feroz controversia pública atravesó redes, medios e instituciones políticas. Los/las estudiantes fueron objeto de escarnio. El gobierno deslindó su responsabilidad sobre la decisión de tales ciudadanos/as (que seguramente les coloca en la irregularidad migratoria) y prosiguió con el operativo para retornar a los/as otros/as al país. En los últimos días ha ido creciendo el número de repatriados (450). La promesa gubernativa es que se facilitará el acceso de los/as

¹ Sobre los ecuatorianos que prefieren quedarse en Europa ver: El Comercio, 01/03/2022, <https://bit.ly/3MDRYcH>. Sobre la política de educación superior para estudiantes que residían en Ucrania: <https://bit.ly/3vZkTC>

estudiantes a las instituciones de educación superior nacionales. Hasta ahora, solo 42 de ellos/as se han visto interpelados por tal política.

Junto con el escándalo de los/as estudiantes, la cuestión de las ingentes exportaciones ecuatorianas (banano, flores, camarón, pesca fresca, café industrializado) a Rusia y Ucrania han llevado al Canciller a considerar al país como un «afectado directo» por la guerra. Se ha proyectado ya que el cierre de tales mercados, así como las sanciones financieras de occidente a Rusia, tendrán un impacto sobre los niveles de empleo y generación de divisas en dichos sectores. El país exporta alrededor de USD 1.200 millones anuales hacia tales destinos, y a países como Bielorrusia, Kazajistán, Armenia y Kirguistán. En días pasados Lasso reveló que diversos gremios y empresarios/as demandaron sostenimiento estatal para capear las exportaciones caídas. Su respuesta negativa ante tal requerimiento –«Que no me vengan a llorar los ricos (...). Eso es problema de ellos, ese es el riesgo de los negocios (...)»– activó el malestar de los sectores productivos y reinstaló sospechas sobre su (exclusiva) cercanía con el capital financiero: conflicto *ad portas*. En medio del estancamiento del país, y del alza del precio del petróleo en el mercado internacional a causa del conflicto, florecerán las pequeñas batallas entre sectores privados para capturar ayudas y rentas públicas. Quizás entonces las fuerzas políticas se interesen por la guerra.

El Salvador

Irene Lungo Rodríguez, 10/03/2022

En la Asamblea General Extraordinaria de las Naciones Unidas que se convocó para tratar la entrada de tropas rusas a territorio ucraniano la gran mayoría de los países condenaron enérgicamente la intervención militar. Ese día la representación de El Salvador se abstuvo, exhibiendo ante el mundo una postura de *silencio* asumida desde el inicio por el gobierno de Nayib Bukele. El siguiente día, el vicepresidente de la república salvadoreña sintetizó magistralmente este posicionamiento político al señalar que: «el no pronunciarse es una forma de pronunciarse»¹.

Este lineamiento se ha expresado ya en varias ocasiones desde que las tropas rusas entraron a Ucrania. A finales de febrero El Salvador tampoco se adhirió a la declaración firmada por la Organización de Estados Americanos, en la que también se condenaba a Rusia. A la fecha, el presidente Bukele no se ha pronunciado expresamente sobre el tema en su cuenta de Twitter; lo cual es relevante ya que el mandatario tiende a utilizar las redes sociales como medio privilegiado para comunicar asuntos de interés nacional a la población salvadoreña e incluso a la comunidad internacional. El primero de marzo la mayoría del Congreso, conformado por diputados alineados al presidente, votó por no pronunciarse sobre el tema². El *silencio* ha sido implacable, incluso prevaleció cuando el alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores, Josep Borrell, solicitó a finales de febrero al presidente Bukele que apoyara la resolución de la ONU y el aislamiento a Rusia.

El *no pronunciarse* ha tomado por sorpresa a buena parte de la población y de la comunidad internacional, mientras que ha alimentado la imaginación sobre las *posibles* razones que hay detrás del *silencio*. En términos generales, se ha interpretado que la decisión de Bukele implica no alinearse con Washington, la Unión Europea u

¹ Portillo, La Prensa Gráfica, 03/03/2022, <https://bit.ly/3i5GRv9>

² <https://mobile.twitter.com/prensagrafica/status/1499047000603512836>

occidente, lo cual además de extraño resulta inédito. Históricamente, los gobiernos salvadoreños han apoyado incondicionalmente las decisiones de la Casa Blanca – incluso enviaron tropas a Irak en 2003 y Afganistán en el año 2011– mientras que han tendido a rehuir de establecer relaciones estrechas con los gobiernos rusos. De hecho, distintos investigadores han documentado el alto nivel de influencia que ha tenido la política exterior estadounidense en la región centroamericana desde mucho tiempo atrás. Recordemos que Centroamérica fue un espacio geo-estratégico clave y conflictivo durante la Guerra Fría y que El Salvador fue escenario de una cruenta y larga guerra civil durante la década de 1980, en la que el gobierno de Estados Unidos llegó a financiar al ejército hasta con un millón de dólares diarios.

Entonces ¿qué hay detrás de la negativa del presidente a alinearse a la postura norteamericana y de la mayoría de países del planeta? Aún no se sabe con certeza, hay voces que especulan sobre *posibles* fricciones entre Bukele y la Casa Blanca; hay quienes sospechan que tiene que ver con el uso del bitcoin como moneda oficial de circulación nacional y el papel que jugarían *posibles* inversores rusos con los que el gobierno *posiblemente* tuviera tratos.

Por otra parte, al interior de El Salvador existen posturas encontradas sobre este no *pronunciamento-pronunciamento*. Sin pretender reducir acá el debate público, se pueden identificar dos grandes tendencias. De un lado, quienes apoyan al presidente Bukele están reivindicando el valor de la *neutralidad*, la importancia de la multilateralidad y la defensa de soberanía nacional, sobre todo frente a las presiones de actores externos como en el caso mencionado del representante de la Unión Europea u otros diplomáticos. De otro lado, desde diversos actores detractores del presidente –como lo son buena parte de la prensa o diversos actores políticos de oposición– se está presionando a que el gobierno condene los ataques de Rusia o que al menos explique su postura. Más allá de esta polifonía, es importante hacer notar que gran parte del debate nacional está girando más alrededor de la (no) voz del presidente que del conflicto en sí o de sus enormes implicaciones para el mundo y para el país. Esto parece ser una tendencia del mandato de Bukele, donde buena parte

del debate público termina girando alrededor de su protagonismo y no de cuestiones de interés nacional o internacional.

México

Judit Bokser Liwerant, 08/03/2022

La conflagración bélica entre Rusia y Ucrania se ha conjuntado con momentos de crisis política y polarización internacional, cuyas raíces se encuentran en el carácter global y sistémico de una crisis sanitaria que condujo a una constelación de crisis.

Tanto en sus causas como en sus potenciales consecuencias, la invasión y el ataque ruso a Ucrania se inserta en diversos ejes problemáticos. En efecto, desde la alteración de la correlación de fuerzas desatada por el acercamiento de la OTAN a Ucrania, el horizonte de la incorporación de esta última al concierto de los países de la Unión Europea, así como al modelo democrático-liberal occidental, en el que Estados Unidos juega un rol central y hasta el escenario de identidades colectivas en conflicto, pasando por el realineamiento de los países europeos.

En todo caso, la confrontación desatada, conjunta no sólo intereses sino también valores, y tiene alcances a nivel global, regional y nacional.

Desde esta última perspectiva, señalemos que, al inicio de la invasión, México mantuvo una postura neutral formulada en términos generales de rechazo al uso de la fuerza, en favor de la paz, y sin referir concretamente a Rusia. Pronto, sin embargo, se definió por la condena explícita a la invasión rusa, basada en sus principios de política exterior establecidos en la Constitución: la autodeterminación de los pueblos; la no intervención; la solución pacífica de controversias; la proscripción de la amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales; la igualdad jurídica de los Estados; la cooperación internacional para el desarrollo; y la lucha por la paz y la seguridad internacionales.

Esta postura se ha traducido en condenas a la intervención militar rusa en territorio ucraniano por parte de la representación de México en el pleno de la Organización de las Naciones Unidas y en el Consejo de Seguridad, así como en propuestas para crear espacios diplomáticos para la resolución de la crisis y la

salvaguarda de la población civil a través del acceso a ayuda humanitaria, esto último en coordinación con Francia. Por ello, Stephan Sberro sostiene que el recurso inicial a la tradición histórica del país ajeno a la explícita condena a la intervención territorial exhibió un tono retórico (Camhaji, El País, 05/03/2022, <https://bit.ly/3tbQ2AA>). Ciertamente, la inconveniencia de asumir una postura distinta a la de Estados Unidos y de los países europeos resultó determinante.

Si bien ajeno a la participación en foros internacionales y focalizado en la política interna, durante sus conferencias de prensa matutinas el presidente López Obrador ha reiterado esta postura – no sin ciertos altibajos y ambivalencias– haciendo énfasis en la no intervención y en el trabajo de la Secretaría de Relaciones Exteriores en la salvaguarda de los connacionales que se encuentran en el territorio ucraniano como una de las prioridades inmediatas del gobierno mexicano (Animal Político, 23/02/2022, <https://bit.ly/3JhgONq>). La opción de una ruptura diplomática con Rusia fue descartada desde el inicio del conflicto, a pesar de las diversas manifestaciones de la comunidad ucraniana frente a la embajada rusa en la capital mexicana (Santiago, Expansión política, 26/02/2022, <https://bit.ly/35YqBtp>).

Una de las peticiones de algunos diputados de la oposición ha sido el otorgamiento de visas humanitarias a aquellos y aquellas ucranianas que busquen su ingreso al país, reiterando que México es un país «de puertas abiertas» (Cabadas, El Universal, 04/03/2022, <https://bit.ly/3CJu2zW>). También ha sido objeto de críticas que, en medio de la crisis, se haga un cambio de embajador en Rusia: Norma Moreno Pensamiento, embajadora de carrera, deja el puesto para convertirse en embajadora en Dinamarca, y lo recibe Eduardo Villegas Megías, quien no tiene experiencia en el servicio exterior (Badillo, El Economista, 01/03/2022, <https://bit.ly/3IaSgV8>).

Además de las presiones de la comunidad ucraniana en México, la cancillería ha sostenido diálogos al exterior: el más destacado, aquel entre Marcelo Ebrard (canciller mexicano) y su homólogo estadounidense, Antony Blinken, el primero de marzo. En los comentarios sobre la reunión, Blinken reiteró la importancia de México como un «socio importante» para Estados Unidos en el establecimiento de la

democracia y la seguridad internacional (Aristegui Noticias, 2022, <https://bit.ly/3tPJR40>).

Por otro lado, una de las controversias más recientes respecto al conflicto ha sido la carta entregada por Oksana Dramaretska, embajadora de Ucrania en México, a los senadores Emilio Álvarez Icaza, Germán Martínez y Gustavo Madero, quienes la hicieron llegar a su vez a la presidenta de la Mesa Directiva del Senado de la República, Olga Sánchez Cordero. Esta carta solicitaba apoyo armamentístico, además de humanitario, para las fuerzas armadas ucranianas y se encontraba firmada por seis diputados del Parlamento de Ucrania (San Martín, Proceso, 03/03/2022, <https://bit.ly/35UyMqJ>). Ante esta solicitud, la respuesta de la presidenta fue de asegurar la asistencia diplomática y humanitaria por parte de México, pero rechazar el envío de armamento (De la Rosa, Forbes, 04/03/2022, <https://bit.ly/3tZgQTB>).

Ello responde también a que no existen intereses geoestratégicos inmediatos alrededor del conflicto. Para México, los impactos más significativos previsibles son más bien de naturaleza económica. Si bien Rusia no representa uno de sus principales socios comerciales, sí importa alrededor del 30% de sus fertilizantes para la producción agrícola de dicho país. A ello se suma el repunte de los precios del trigo y del maíz derivado de la coyuntura, en virtud de que tanto Rusia como Ucrania son productores importantes en ambos rubros (Castillo, La Jornada, 03/03/2022, <https://bit.ly/37z9Llk>). La relación económica entre México y Rusia venía presentado un aumento relativo del 54% desde 2020. Además, la relación diplomática entre ambos países tuvo cierta preminencia en años anteriores a raíz de envío y la compraventa de millones de dosis de Sputnik V hacia México durante la pandemia de Coronavirus. (Barragán, El País, 26/04/2021, <https://bit.ly/3tX1PBR>)

Cabe señalar que en México se prevé un alza en el índice inflacionario con la posibilidad de alcanzar el 8%, derivado del incremento en los precios del petróleo que han aumentado de manera significativa. Estos impactos se agravan debido a la alta volatilidad del peso derivado de diversos factores previos tales como los estragos económicos de la pandemia de COVID-19 para los años 2020-2021.

Frente a la posibilidad de ruptura de relaciones o sanciones económicas, la Cancillería refiere que la relación con Rusia no se ha deteriorado. «No ha habido un reclamo directo contra México... Cuando la posición de la comunidad internacional es tan fuerte es difícil que se enfoquen en un solo actor» afirmó la Subsecretaria Jennifer Feller. La diplomática considera que, de hecho, existen muchas coincidencias y áreas de cooperación con Rusia en otros temas y foros, como el G-20 y la pandemia. Se han abierto conjeturas si la llegada de vacunas Sputnik V se vería afectada, a lo cual la cancillería afirmó que ya se recibieron todas las dosis que se tenían previstas (Camhaji, El País, 05/03/2022, <https://bit.ly/3tbQ2AA>)

En el tema específico de las sanciones, no es que México esté opuesto a ellas, sino que «deben ser proporcionales y justas», según Feller. A su vez, el analista Stephan Sberro plantea que «serían un acto simbólico, por los reducidos vínculos económicos entre Moscú y México». (Camhaji, El País, 05/03/2022, <https://bit.ly/3tbQ2AA>)

En todo caso, junto a la especificidad de las implicaciones geo-estratégicas, el conflicto se inserta en un horizonte mayor de confrontación de Rusia con Occidente, proyectando preocupantes márgenes de regresión democrática. La inquietud por los propios procesos de des-democratización en el país han tendido a equiparar los riesgos de ejercicios de autoritarismo.

En cuanto al interés por la cobertura mediática del conflicto, diremos que ha sido amplia, y la condena a las acciones de Rusia se mantiene como línea principal. En este momento es difícil apreciar regularidades dentro de los discursos mediáticos toda vez que hay que considerar que buena parte de la discusión se da hoy en redes sociales, en donde ha crecido mucho la desinformación, y ha crecido la narrativa de la presencia de neo-nazis en Ucrania. Esto último, por demás interesante según el analista Mauricio Meshoulam, está alejado de la realidad. La extrema derecha en Ucrania sí existe, sí es muy violenta, antisemita y antirrusa, pero su voto, por ejemplo, en las últimas elecciones fue de cerca del 2%, lo que permite hablar de la tracción real que tiene, y, sin embargo, en las redes sociales se intenta justificar la invasión rusa empleando un discurso similar al de Putin. Sin duda, la aparición de las

siempreternas teorías conspiracionistas y reduccionistas *ad absurdum* es parte de los prejuicios que suelen exhibirse en la prensa nacional (vid. Jalife, La Jornada, 06/03/2022, <https://bit.ly/3ugoMjN>)

Hoy por hoy, ante el agravamiento del ataque ruso a Ucrania, México se ha sumado al envío de ayuda humanitaria.

Por último, en una mirada comparativa, cabe destacar que, a la luz de países como Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos, la actuación del gobierno mexicano ha sido cautelosa y no ha cometido mayores traspiés. Esto último resulta tanto más relevante de destacar en la medida en que México forma parte del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y deberá mantener una línea congruente a lo largo de este prolongado período en el que el conflicto ocupará un lugar central en su agenda mundial.

Un especial agradecimiento a Federico Saracho, Paola Elizabeth Villanueva, Stephan Sberro y Mauricio Meschoulam por el fructífero intercambio de ideas.

Nicaragua

Ileana Rodríguez, 05/03/2022

Nicaragua, Cuba y Venezuela constituyen lo que se ha denominado «eje del mal». Son países que han articulado la defensa de sus regímenes a la esfera de influencia de Rusia y, por tanto, han declarado su apoyo incondicional a ese país y defiende la invasión de Ucrania en exactamente los mismos términos que lo hace Rusia, argumentando la paz, la defensa de los derechos humanos, la humillación que sufren los que hablan ruso. Para los grupos gobernantes lo que importa es su sobrevivencia en el poder, y en eso han recibido de Cuba bastante apoyo en recursos humanos y en métodos de control de población, estrategias idénticas a las que usa Rusia. En esto, el control es total y el perdón y la tolerancia inexistentes. Se puede constatar, a pie juntillas, que los métodos están coordinados. No es nuevo que Rusia muestre una política general hacia Latinoamérica, esencialmente pragmática, guiada por los intereses propios en el marco de la confrontación bipolar global. Y es justamente en eso en lo que estamos. La reciente visita del presidente de la Duma Rusa, Vyacheslav Volodin, a Nicaragua obedece a estos fines, pero de lo que se habla, planea, acuerda queda en el arcón más blindado de los secretos. Sí se sabe y sí se dice que Nicaragua compra armamento ruso, que existe un centro de espionaje, y que pueden haberse prometido a alguna que otra inversión pequeña e inestable en Nicaragua. Todo esto es parte de una estrategia en movimiento que ha entrado en recambio a partir de la invasión a Ucrania.

La población vive y piensa dicha invasión de otra manera. Como todo pueblo que ha sufrido la opresión de regímenes totalitarios, en la invasión a Ucrania Nicaragua revive sus traumas y expresa ampliamente el sentido de pesar por el pueblo de Ucrania. Ver las calles de Kiev absolutamente vacías recuerda las de los pueblos de Nicaragua durante la ofensiva del régimen en el 2018 así como durante el repudio que le hicieron a la fórmula presidencial el día de las elecciones en noviembre de 2019. Calles enteramente desiertas, gentes arrinconadas en sus casas, al amparo de

frágiles paredes, huyen de ese halo nefasto que desprende un régimen que no permite la disensión. Así mismo, desde la pantalla del televisor, se veía la ciudad de Kiev espléndida, iluminada ante una inminencia de muerte a la que la sometían las tropas rusas. Se seguía con consternación, paso a paso, anonadados, lo que podría ser el primer golpe. Se veía a la gente huir, las filas de carros, las estaciones de metro atestadas, el frío inclemente del invierno, las caras de las mujeres consternadas, los niños asustados, la gente acarreado todo lo que podía en una valija, sus animales domésticos acompañando a algunos de ellos, y luego las estaciones de trenes abarrotadas. Era la misma pulsión de vida la que conducía a migrar, a alcanzar las fronteras, el éxodo masivo, igual en Ucrania que en Nicaragua, donde la población ha ido saliendo del país en búsqueda de horizontes, de aire que respirar.

En Nicaragua no existe ninguna discusión pública; todo se realiza *soto voce*, en privado y entre los más allegados. Al interior de Nicaragua no se puede hablar públicamente. Después del 2018, la población se encerró paulatinamente en el silencio que impone el miedo; en la precaución de no caer en los caprichos e impulsos de los gobernantes que no se detienen ante nada. El silencio, el miedo, la migración, son consecuencia de las políticas totalitarias alentadas, propiciadas, sostenidas y enseñadas por sus maestros, por los profesores rusos y sus repetidores cubanos que siempre escalan el conflicto hasta llegar a sus últimas consecuencias, tal dejar morir si no es que matar deliberadamente a sus presos políticos o llegar a bombardear países que no se someten a sus necesidades imperiosas. Por eso es que ver a Ucrania es verse a uno mismo en el espejo; es sentir en carne propia de nuevo ese susto que produce la agresión sin límites. Uno se preguntaba cómo iba esa población a sobrevivir el avance de 150 mil soldados equipados con armamento moderno. Pensábamos que la segunda noche caería la ciudad. Jamás imaginamos que ante tal ofensiva el país podría resistir. Pero también se sabe que se trataba de apuestas más altas; que había imponderables que desconocíamos y que eventualmente se iba a firmar la paz, sí, pero después de cuántos muertos, heridos, lisiados, desterrados. Ahora ya no se está seguro de nada. El conflicto puede escalar. Puede ocurrir un error en cualquier momento. Uno se encuentra anonadado ante las sanciones que ha ingeniado

Occidente quien cierra filas contra un enemigo que ha ido construyendo en base a hechos reales y a ideas temerosas. Han sitiado a Putin aérea y financieramente. Lo tienen acorralado y se teme que los rusos que siempre han demostrado que se las juegan de todas puedan cometer un acto de desesperación. Cuando el ministro Lavrov habla de que de haber una tercera guerra europea esta sí que sería mundial y nuclear, sus palabras en el aire ya no se pueden recuperar. Todos tememos lo peor.

Mas hoy por hoy, el precio lo pagan los habitantes de Ucrania. Es sobre sus propios cuerpos que se establecerá esa nueva alianza geo-política, cualquiera que ella sea, la de una Europa unificada, una OTAN renegociada, una democracia triunfal, una China beneficiada. No es tan inocente la cosa. Los que pueden ver bien atienden al tigre asiático esperando dar un sarpazo. Los pueblos que como Nicaragua han sido jugados, negociados, sometidos, sienten el desaliento de los de Ucrania, habitantes que pagan el precio de la democracia como antes el del totalitarismo. Ciertamente que la defensa de que han hecho gala nos lleva de sorpresa en sorpresa, pero sabemos que a no ser una catástrofe como la que nunca hemos tenido, los grandes y poderosos de la tierra van a negociar y que ellos quedarán atrapados en el heroísmo que tanto Oriente como Occidente admiran desde lejos, como uno admira el heroísmo, el altruismo, el espiritualismo, la resistencia en las películas.

Nicaragua es parte de la alianza rusa; cualquier revés que sufra ese país redundará en maleficio del desgobierno Ortega-Murillo y, por tanto, apoyar al presidente ruso es más la postura política del sálvese quien pueda, a como pueda. Rusia ha ido ya tejiendo un cordón de fuerza en América Latina y tiene esos tres países que le apoyan. Quebrar la alianza con Rusia les acarrea daños inconmensurables, sobre todo, la vuelta al dominio de la Doctrina Monroe que destina América para los norteamericanos. Rusia estaría contenta con eso. En Nicaragua ciertamente se busca con anhelo la democracia. No se desea continuar bajo el mismo régimen, uno que llama 'hijos de perra' a sus antiguos correligionarios, en un discurso post-electoral delirante frente a dos consejeros rusos, quizás presidentes títeres de las repúblicas que Rusia le arrancó a Georgia, que miraban con sorna disimulada y gran placer el despliegue de insolencia del recién reelecto presidente,

sintiéndose acaso identificados con un discurso iconoclasta contra su enemigo más profundo y más poderoso. Lo veían con golosa sonrisa mientras como títere el gobernante gesticulaba cual cantante de rock.

Hoy la discusión ha cambiado de sesgo. Los especialistas norteamericanos en la materia hablan de una seguridad del mundo que tienen que incluir a Rusia; opinan que la OTAN sirve realmente a la política norteamericana. Así mismo, el resto de los mortales de este continente americano, no deja de quedar atónitos frente al comportamiento con los refugiados puesto que hacer una distinción tan flagrante entre europeos y habitantes de otros países, los descalifica para hablar de derechos humanos al mantener, aun ahorita bajo el fuego ruso, bajo inclementes temperaturas a los refugiados procedentes de países no europeos.

Paraguay

Bruno López Petzoldt, 10/03/2022

«Desperté con la noticia de los bombardeos, escuchamos el estruendo de las bombas y también vi a militares rondando», relata el futbolista paraguayo José Ariel López después de abrazar a sus familiares en el aeropuerto de Asunción el 2 de marzo. Aterriza en su terruño después de días de zozobra e incertidumbre durante su escape a través de Bucarest y Dubái. El joven de 23 años se fue a Ucrania con el sueño y propósito de incorporarse al FC Real Pharma de Odesa. Su testimonio de primera mano, que asimismo introduce matices y percepciones en lengua guaraní, se desdobra y multiplica entre allegados, amigos y habitantes en su pueblo de Costa Báez Ka'aguy a unos cien kilómetros de la capital. Remarco esta experiencia humana así como sus desdoblamientos bilingües en la comunidad nacional porque contrastan significativamente con la templada retórica de las notas de guerra elaboradas por agencias internacionales que se publican en la prensa paraguaya. Lo que allí leemos es más bien la repercusión de la repercusión, vale decir, cómo repercuten o son interpretadas las cosas en y por otras latitudes, y cómo aquellas latitudes reaccionan ante las cosas. O no. Además, a través de Internet u otras interacciones mediático-transculturales paraguayas y paraguayos ven y escuchan y reflexionan cómo repercute la guerra en Europa, México o Washington.

Hace rato que las dinámicas de percepción transmediática no pueden ya ser conceptualizadas desde la perspectiva de un *container* nacional aislado y desconectado en la medida en que, en una era de medios transnacionales y redes sociodigitales globales, las y los habitantes de un determinado país muchas veces están más informados sobre cómo repercuten los desastres, primero, en los mercados globales, segundo, en las “grandes” metrópolis. Por tanto, conviene relativizar o al menos diversificar un poco aquellos enfoques que se proponen examinar *el* impacto *en*, porque en Paraguay, como cualquier otro país con fundamentales libertades de acceso a medios internacionales, las ciudadanías son informadas incluso en mayor

proporción sobre los así llamados impactos globales que los locales. Tampoco se trata de un proceso unilateral sino circular y múltiple. Hay agudas lecturas de conflicto que inciden en el conflicto mismo. Para bien o para mal. Probable que no sea el caso paraguayo respecto a Ucrania, pero merece la pena recordarlo.

Por otra parte, en ocasiones parece que la trillada cuestión «cómo repercute en» la custodian algunos monopolios discursivos exclusivamente relacionados con mercados, macrofactores políticos e intereses sectoriales e industriales mensurables en toneladas, barriles, guaraníes, pesos o dólares que se pierden o se incrementan exponencialmente, no tanto en humanidades, sueños y horizontes truncados. Me pregunto si es admisible argüir en estos debates que la noción «repercusión transnacional» o efecto de atroces e inhumanos crímenes que involucran evitables muertes y traumatizaciones abarca también severos embates psicosociales y psicoemocionales a largo plazo que estremecen a las comunidades que las perciben en los medios, y que no se pueden medir ni someter tan fácil con instrumentos politológico-mercantiles. La fotografía de una mujer desolada que acompaña por una callecita gris el féretro de un familiar muerto por los ataques brutales en Borodyanka, cerca de Kiev, sacude la sensibilidad y empatía no sólo paraguayas sin recurrir a índices o tasas de interés e incita, por otra parte, a meditar sobre las otras repercusiones nefastas que suelen desaparecer demasiado rápido detrás de números, cotizaciones o análisis geoestratégicos.

¿Y cómo se encuentra la trama (psico)social local en que impacta la mediatización del desastre? En Paraguay las imágenes y los relatos devastadores de la invasión al pueblo ucraniano no impactan en un apacible espejo de agua sino en remolinos sociopolíticos y socioemocionales. No se perciben de forma aislada o disociada de una serie de aciagos acontecimientos nacionales y no menos aciagas crisis democrático-institucionales y (narco)políticas que sacuden las fibras del país y mantienen en vilo a sus habitantes. En tal sentido, dirijo la atención al contexto receptor de las noticias y sondeo en qué momento sociohistórico paraguayo estalla la guerra en Ucrania. Sintetizo de forma panorámica algunos sucesos que impactan en la sensibilidad e indignación cívicas paraguayas justo cuando las tropas rusas

destrozan vidas y horizontes. Las noticias de la guerra en Europa, por tanto, alcanzan una indignada ciudadanía paraguaya a duras penas recuperándose de los reveses socioeconómicos ocasionados por la pandemia del SARS-CoV-2 y, además, aún consternada por la explosión de acciones e inacciones turbulentas cuyo impacto en curso ahora se entrelaza con la conmoción suscitada por las bombas rusas.

El lapidario editorial «El Paraguay está adquiriendo características de un narcoestado» (ABC Color, 1/02/2022, <https://bit.ly/3CHkzcs>) comprime lo que copa la opinión y conmoción públicas paraguayas cuando las tropas rusas realizan maniobras sobre la frontera de Ucrania. Dos días atrás, el 30 de enero de 2022 se produce una tragedia durante un festival de música en San Bernardino junto al famoso lago Ypacarai a 45 kilómetros de Asunción. En el sector VIP pierden a balazos la vida una conocida empresaria y modelo de 29 años quien había conquistado el cariño de muchas y muchos, y también un presunto proveedor de droga, el probable blanco del atentado. Rápidamente circulan y más tarde se confirman versiones sobre un sangriento ajuste de cuentas entre narcotraficantes, como los perpetrados en la región fronteriza con Brasil, lejos del lago azul de Ypacarai. Al hablar de la vida de una mujer arrebatada a tiros porque por desgracia se entrecruza en la línea de fuego, algunos medios locales importan la desgraciada e indigna etiqueta inhumana «daño colateral», tristemente difundida en otras latitudes para pseudosignificar torcidamente «lo azaroso» de un asesinato a raíz del deliberado y no accidental fuego cruzado entre matones. Sabemos bien que estos grupos criminales buscan escenarios simbólicos y transmediáticos para que sus atroces actos repercutan en el tejido psicosocial e imaginarios colectivos, no sólo en sus víctimas inmediatas. Por tanto, cuentan con que los medios, la televisión, sobre todo, las y los febriles usuarios de redes sociodigitales ávidos por «compartir» –ellas y ellos primero– imágenes y audios macabros se ocupen eficiente y gratuitamente de extender el pánico al país, tal como lo preprogramado por los delincuentes. «El país se conmociona con lo sucedido en San Bernardino», diagnostica, en presente de indicativo, el escritor y periodista Alcibiades González Delvalle en su columna «La mafia se expande» (ABC Color, 6/02/2022, <https://bit.ly/3KIBi1N>).

La conmoción se desborda cuando a partir del 22 de febrero, a días del estallido de la guerra en Europa, se despliega a lo largo y ancho del Paraguay una de las mayores operaciones contra el nebulosamente denominado «crimen organizado» internacional y lavado de dinero en el marco del rimbombante operativo «A Ultranza Py» realizado en colaboración con la DEA, EUROPOL y la Dirección General de Represión al Tráfico Ilícito de Drogas de Uruguay. Desde entonces y hasta la fecha son incautados fastuosos inmuebles, lujosos automóviles, aeronaves, flotas de camiones, más de seis mil cabezas de ganado, embarcaciones, armas de fuego y otros bienes cuyas imágenes se multiplican y superponen en primera plana suscitando en el país una mezcla truculenta de indignación, asombro y turbación. Imágenes de suntuosas propiedades con sus jardines y sus yates, el atentado contra la vida de Cristina Aranda en San Bernardino vinculado, asimismo, con la siniestra noción y práctica del sicariato que dejó de ser un crimen regional, entre otras perturbadoras desgracias que envilecen el tejido social y moral del país, no se esfuman del imaginario colectivo paraguayo cuando a partir del 25 de febrero se publican las primeras fotos de personas y edificios bombardeados en Ucrania. En adelante y hasta la fecha, las imágenes de la población ucraniana resguardada en estaciones subterráneas del metro comparten el espacio transmediático nacional con más estancias y esquemas narcopolíticos desmantelados.

Hay más. Paralelamente a lo antes expuesto, hace semanas se viene arrastrando un proyecto de destitución vía juicio político nada más y nada menos que de la señora fiscal general del Estado. Salen al tapete acusaciones de arbitrariedades, parcialidades, inacciones y casos presuntamente «cajoneados» por aquella alta instancia del derecho. «Cajonear» engloba en la jerga local la magnánima impunidad muy selectiva otorgada a ciertas personalidades en detrimento de otros ciudadanos menos favorecidos por el Ministerio Público. La tramoya en torno al posible juicio resulta aún infructuosa “por falta de votos” de un sector político-partidario indeciso, o sea, no a raíz de disquisiciones dogmáticas en rigurosa materia jurídico-penal, las que parecen estar al margen de las negociaciones. Las más de dos mil quinientas

páginas de glosada acusación contra la fiscal general del Estado parecen no convencer aún a un grupo que vacila si contribuir o no con sus cotizados votos.

Mientras tanto, el presidente de la república *twittea* el 24 de febrero: «El gobierno de Paraguay condena los ataques al pueblo ucraniano, en violación de principios de soberanía y del derecho internacional e insta a los agresores a detener sus acciones llamando al diálogo por la Paz y la estabilidad mundial». A su vez, las Honorables Cámaras de Diputados y Senadores aprueban un proyecto de declaración que condena enérgicamente los ataques y la violencia del gobierno ruso contra Ucrania. La propuesta incluye una manifestación solidaria del Paraguay con el pueblo y gobierno de Ucrania, e insta al Ministerio de Relaciones Exteriores a expresarse, por intermedio de la Misión Permanente del Paraguay ante las Naciones Unidas, sobre la grave crisis humanitaria y violatoria de derechos humanos que ha costado la vida de ciudadanas y ciudadanos, así como la fuga masiva. Es más que deseable que con la misma vehemencia y celeridad se condenen también enérgicamente a agresores y adláteres domésticos que desbaratan impunes el tejido moral del país y atentan contra la estabilidad institucional, cultural, psicosocial, jurídica y política.

Uruguay

Aldo Marchesi, 10/03/2022

El representante uruguayo en la OEA votó una moción junto a Argentina y Brasil que no condenaba explícitamente la invasión rusa a Ucrania. Horas después el Presidente de la República Luis Lacalle Pou dijo que Uruguay había votado equivocadamente en la OEA y adhirió a través de twitter a la moción mayoritaria que condenaba la invasión. Días después el responsable de Antel, la empresa estatal de comunicaciones, dijo que retiraba a Rusia Today RT de los canales que ofrecía en sus servicios digitales. Dos días después el presidente y otros políticos de la coalición en el gobierno cuestionaron dicha decisión.

La oposición de centro izquierda Frente Amplio elaboró una declaración el 24 de febrero donde intencionalmente no utilizaba el termino invasión y expresaba «su preocupación ante la creciente agudización del conflicto entre Rusia y Ucrania» y reiteraba su compromiso con «la paz, la independencia y la soberanía como claves de convivencia de los pueblos». Unos días después la misma oposición proponía en el senado una declaración que definía el episodio como una invasión de Rusia a Ucrania, pero también cuestionaba el lugar de la OTAN en el conflicto. La coalición de gobierno se opuso a la condena a la OTAN, pero apoyó la condena a Rusia.

La variación de posiciones en las reacciones iniciales frente a la invasión rusa a Ucrania de los diferentes actores políticos da cuenta de la incertidumbre con la que los políticos uruguayos vienen procesando este evento. Aun todo es muy reciente para evaluar cuál será el impacto regional y local del mismo. Sin embargo, ya en los primeros días se puede percibir como el asunto impactó en los marcos conceptuales que los actores políticos y sociales tenían para entender el mundo contemporáneo. En este pequeño texto repasaremos como dos grandes preguntas que han sido centrales en la política uruguaya durante las últimas décadas de alguna forma se ven interpeladas por las dinámicas globales del reciente conflicto.

¿Cómo pensar la inserción internacional de Uruguay?

Uno de los grandes problemas históricos del Uruguay ha sido su inserción internacional. Se trata de un pequeño país rodeado por los dos principales países sudamericanos que en el siglo XIX desarrollaron políticas expansionistas. A lo largo del siglo XIX y el XX Uruguay siempre tuvo un buen relacionamiento con alguna potencia global (Inglaterra, Estados Unidos) que de alguna manera balanceó la influencia de las potencias regionales.

Desde 1990 Uruguay intentó una estrategia de inserción regional a través del llamado Mercosur. Pero en diversos momentos los gobiernos uruguayos de diversos signos políticos han expresado protestas acerca del desigual cumplimiento de los acuerdos de integración por parte de los países grandes, principalmente Argentina. En ese contexto ha intentado desarrollar acuerdos de libre comercio con otros países. En el período del Frente Amplio Tabaré Vázquez intentó un acuerdo de Libre Comercio con Estados Unidos durante la administración Bush. El acuerdo no prosperó porque no concitó mayores intereses en EEUU y también existieron fuertes oposiciones en el Frente Amplio, una fuerza de izquierda claramente alineada en la tradición antiimperialista. Luego se intentó promover desde el Mercosur un acuerdo con la Unión Europea que tampoco ha prosperado.

El primero de marzo del 2020 asumió el presidente Luis Lacalle Pou. Este líder herrerista representaba una coalición de derecha de cinco partidos. El cambio implicaba el cierre de un ciclo de 15 años de políticas progresistas. Una de las críticas de política exterior por parte del nuevo presidente era que el FA se había quedado atado al Mercosur por motivos ideológicos y que no había intentado buscar acuerdos comerciales en otras partes del mundo. La visión del novel presidente sobre el mundo parecía tener más que ver con el clima optimista de la globalización de los noventa que con la actualidad de este siglo. Describía un 'mundo' abierto a los negocios al que se podía llegar bajando los marcos arancelarios. Del lado brasilero el ministro Paulo Guedes parecía un potencial aliado para promover una apertura del MERCOSUR y si no era a través del Mercosur el Uruguay debía iniciar su camino propio. A finales del

2021 Uruguay inició tratativas para la elaboración de un borrador de acuerdo comercial con China.

La guerra de Ucrania justo cayó en los días que en el parlamento se estaba discutiendo sobre el posible fracaso de dicho borrador. Algunas versiones de prensa sugirieron que el posicionamiento del representante de la OEA que se resistía a designar el acontecimiento como invasión se explicaba como un acercamiento al posicionamiento chino sobre el conflicto. Por otra parte, la rápida respuesta del Presidente Lacalle de considerar el conflicto como una invasión se explicaba como un gesto vinculado a la tradicional visión pro estadounidenses que desde la Guerra Fría la mayoría de los sectores de la derecha habían tenido.

Esta tensión entre los intereses comerciales y los alineamientos políticos globalizados tienen mucho ver con la constatación de que aquel mundo globalizado de los noventa hegemonizado por EEUU está tendiendo a desaparecer. Y los alineamientos políticos cada vez van a estar más condicionados por los comerciales. Esto es particularmente complejo para la derecha uruguaya que desde las décadas de los cincuenta y sesenta se concibió como occidentalista, defensora del mundo libre, y que reconoció el lugar central de EEUU en ese mundo, pero que en las últimas décadas ha tenido un intenso acercamiento comercial con China. En un escenario de un mundo de sanciones, alineaciones bélicas y discursos internacionales principistas dicho equilibrio parece complejo de sostener.

Ideologías y orden internacional

El conflicto entre Rusia y Ucrania, aunque es lejano reabre viejos marcos interpretativos que de alguna manera inciden en la opinión pública. La primera referencia histórica evidente es el antecedente comunista de Rusia. Aunque todos los actores políticos parecen estar informados del vínculo ideológico entre la nueva Rusia y el nacionalismo conservador global, algunos sectores minoritarios de la izquierda expresaron cierta empatía de Rusia frente a las provocaciones de la OTAN y en algunos sectores de la derecha se reafirmaba la idea de que este conflicto se trataba

de un conflicto entre el mundo libre y el totalitarismo, y que el progresismo uruguayo estaría de este segundo lado.

La segunda referencia histórica es el lugar de EEUU en la política global. Aquí también funcionaron los resortes tradicionales. La izquierda en su totalidad cuestionó el rol de la OTAN e hicieron llamamientos a reducir la tensión en el conflicto. Mientras que sectores de la derecha se acercaron al discurso occidentalista y entendieron que las sanciones eran correctas.

Sin embargo, el alineamiento que se vincula con aquel pasado no ha sido intenso. Nadie planteó alineaciones fervientes en torno al conflicto. No se ha planteado asumir las sanciones a Rusia propuestas por diversos países de la OTAN. Tampoco ha existido algún tipo de alineación a favor de Rusia por parte de algún actor político de la izquierda. En general las preocupaciones se han vinculado más con las consecuencias que el conflicto tendrá sobre la economía de nuestro país que sobre la alineación de Uruguay en el conflicto.

De alguna manera todo lo reseñado hasta ahora da cuenta de las dificultades para pensar el alineamiento global a partir de algunas transformaciones en el orden internacional que ya se venían dando y que ahora parecen profundizarse por esta guerra. El sistema de partidos y las ideas que articularon los debates políticos entre progresistas y conservadores en Uruguay se fueron desarrollando entre la segunda mitad de los ochenta del siglo XX y la primera década del siglo XXI. Dichas ideas se fueron construyendo en un orden global neoliberal liderado por los Estados Unidos y que parecía ampliar el libre comercio en el mundo. La guerra actual sumada a antecedentes previos como la administración Trump, el renacimiento de viejas potencias con pretensiones imperiales, el ascenso de China, la crisis global del COVID-19 han creado fisuras y parecen ir desarrollando un mundo nuevo en el que ya Estados Unidos no es lo que era y las relaciones comerciales comienzan a ser mediadas por otros asuntos donde los estados nacionales comienzan a tener más protagonismo. Los actores políticos uruguayos aún muy acostumbrados a aquel orden neoliberal están comenzando a entender estos cambios y pensando cómo adaptarse a los mismos.

Venezuela

Edgardo Lander, 09/03/2022

Venezuela ha estado en los últimos años atravesada por las pugnas geopolíticas globales, y su territorio ha pasado a formar parte del tablero en el cual se dan las confrontaciones de la nueva Guerra Fría entre Estados Unidos y sus aliados, por un lado, y Rusia y China por el otro. En estas condiciones, la guerra en Ucrania no es percibida como algo ajeno, distante. El gobierno estadounidense ha intentado desde hace ya más de dos décadas desestabilizar o incluso derrocar al gobierno venezolano, y en los últimos años ha impuesto severas sanciones económicas que, mediante la confiscación de bienes venezolanos, y el bloqueo financiero y comercial, han afectado severamente a la población venezolana. El asesor especial del presidente Joe Biden para América Latina, Juan González, declaró que «las sanciones sobre Rusia son tan robustas que tendrán impacto sobre aquellos gobiernos que tienen afiliaciones económicas con Rusia, eso es por diseño. O sea que Venezuela va a comenzar a sentir esa presión, Nicaragua va a comenzar a sentir esa presión, al igual que Cuba». ¹

En contraposición, Rusia ha dado un significativo apoyo político y militar a los gobiernos de Chávez y Maduro. Ha ayudado a atenuar en cierta medida el impacto de las sanciones ilegales impuestas por los Estados Unidos. En los dos últimos años, ha suministrado millones de vacunas y otros tipos de materiales médicos para la lucha contra el COVID-19.

Las reacciones en Venezuela ante la invasión rusa a Ucrania expresan las profundas divisiones que han estado presentes en Venezuela durante los años del proceso bolivariano. A diferencia de las posturas más ponderadas de China y de Cuba, que desde el inicio hicieron llamados públicos a la búsqueda de una salida negociada al conflicto y se abstuvieron en la votación de la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas denunciando la invasión, la postura de Maduro, por lo menos

¹ «EEUU asegura que regímenes de Venezuela, Cuba y Nicaragua sufrirán sanciones a Rusia», *Monitoriamos.com*, 25 de febrero, 2022, <https://bit.ly/3tVtFOL>.

en las fases iniciales del conflicto, puede caracterizarse como de apoyo incondicional a Putin, expresada en múltiples declaraciones públicas y en una llamada telefónica directa con el Jefe de Estado ruso. Por estar retrasada en sus cotizaciones a la ONU, Venezuela no pudo participar en dicha votación, pero dado lo dicho en forma reiterada por el Presidente y los dirigentes más importantes del gobierno y el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), es posible que se hubiese unido a los cinco países que votaron en contra de dicha resolución.

En sucesivas declaraciones, destacados representantes del gobierno y del PSUV han compartido los argumentos del gobierno ruso de acuerdo a los cuales se trata de una acción defensiva ante el avance agresivo de la OTAN hacia sus fronteras, y de un necesario proceso de desnazificación y desmilitarización de Ucrania para lograr que ésta sea un país neutral y que se cancele toda posibilidad del ingreso a la OTAN.

El embajador de Rusia en Venezuela fue recibido con aplausos en el Congreso del PSUV que se realizó en los días iniciales de la invasión. De acuerdo a Diosdado Cabello, vice-presidente del PSUV, «El Partido Socialista Unido de Venezuela acompaña la lucha de Rusia contra el nazismo». Predominan entre sectores cercanos al gobierno –como en parte de las izquierdas en América Latina– posturas campistas («los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos») que al enfatizar ante todo el enfrentamiento –verbal– al imperialismo, identificado en forma exclusiva con los Estados Unidos, justifican en diferentes grados el ataque a la población de Ucrania en base a acciones anteriores de los Estados Unidos, de la OTAN y del gobierno ucraniano.

El rechazo categórico a la invasión ha sido expresado por los portavoces de la mayor parte de los partidos de oposición, inclusive realizándose una pequeña manifestación frente a la delegación de la Unión Europea en Caracas. Juan Guaidó encabezó esta movilización e hizo llamados a que se tomaran medidas más drásticas contra Rusia «para defender el futuro de la humanidad, para defender la democracia y la paz».²

² «Juan Guaidó le dice a la UE que ‘es momento de acción’ ante guerra en Ucrania», *Agencia Efe*, 3 de marzo, 2022. <https://bit.ly/3waXgqe>.

Entre las organizaciones y movimientos identificados como de izquierda que no están asociados al PSUV, se han expresado denuncias contundentes a la invasión rusa. Estas posturas de rechazo se han argumentado desde posiciones que reivindican el derecho a la soberanía nacional del pueblo ucraniano, desde caracterizaciones de Rusia como una potencia autoritaria e imperial, hasta posturas pacifistas de rechazo de toda guerra. Muchas de estas denuncias cuestionan igualmente el papel de la OTAN y lo que ha sido la política impulsada por sucesivos gobiernos de los Estados Unidos de cercar militarmente tanto a Rusia como a China, caracterizados como enemigos estratégicos. En su declaración sobre el conflicto, el Partido Comunista de Venezuela afirmó que: «El PCV, consecuente con sus principios, condena todo tipo de guerra que tiene como fin los intereses del gran capital. Llamamos a las fuerzas antiimperialistas, revolucionarias, al movimiento obrero mundial y a las organizaciones amantes de la paz a estrechar la solidaridad y la articulación mundial para frenar la locura guerrera a la que pretenden conducirnos las potencias imperialistas y capitalistas en su feroz competencia.»³

Diversas asociaciones e instituciones como las Academias Nacionales de Venezuela se han pronunciado en solidaridad con el pueblo de Ucrania y en rechazo a la invasión rusa.

El sábado cinco de marzo, en forma sorpresiva para la mayor parte de la población venezolana, llegó a Venezuela una delegación de alto nivel del gobierno de Biden para reunirse con el gobierno de Maduro. De acuerdo a los informes que han circulado por los medios,⁴ el objetivo de la reunión era buscar una negociación con el gobierno venezolano con un doble propósito; debilitar la estrecha relación existente entre Venezuela y Rusia, e incrementar la producción para reemplazar el petróleo ruso que el gobierno de Biden decidió dejar de importar. Para ello se habría ofrecido una reducción temporal de las sanciones económicas. Estados Unidos había

³ Partido Comunista de Venezuela, «El PCV sobre la guerra en Ucrania», *Tribuna Popular*, Caracas, 3 de marzo, 2022, <https://bit.ly/3IdpIKm>.

⁴ «Los detalles de la visita de funcionarios de Biden a Venezuela al descubierto, según WSJ», *La Patilla*, Caracas 6 de marzo, <https://bit.ly/3MSBQnC>.

incrementado sus importaciones de crudo ruso por ser el más adecuado para reemplazar al crudo venezolano que antes de las sanciones habían alimentado algunas importantes refinerías, particularmente en la costa del Golfo de México, que habían sido diseñadas para procesar ese tipo de crudo. Esta visita ocurre a los pocos días de que el gobierno de Biden prolongara por un año el decreto de la era de Obama de acuerdo al cual Venezuela era considerada como «una amenaza inusual y extraordinaria».

Paralelamente Maduro, cambiando su posición anterior, ha moderado su apoyo incondicional a la invasión rusa y ha hablado de la necesidad de una salida negociada.

Venezuela

Alba Carosio, 08/03/2022

La forma en que la invasión/guerra/acción especial de Rusia en Ucrania es percibida y las posiciones adoptadas por el gobierno y la sociedad tienen que entenderse desde las circunstancias venezolanas, específicamente teniendo en cuenta dos realidades 1) las medidas coercitivas unilaterales o sanciones o bloqueo de Estados Unidos y algunos estados europeos hacia Venezuela, 2) la polarización política que vive el país desde la llegada de Hugo Chávez a la Presidencia, en 1999.

Venezuela –como toda América Latina y el Caribe– es considerada zona de influencia de la hegemonía estadounidense. Aún más, siendo un país de reservas e industria petrolera, en algún pasado cercano, fue considerado como el proveedor de petróleo más confiable para EEUU. A partir de 1999, la política petrolera y la nueva línea en política exterior, centrada en la autonomía, la diversificación de mercados, la integración y la multipolaridad, fueron alejando a Venezuela de EEUU y acercándola a países como Rusia, China, Bielorrusia, Irán, etc.

Desde 2005 se fueron estrechando las relaciones Venezuela-Rusia, abarcando cooperación en el ámbito militar, económico y cultural; compras de equipamiento militar, llegando hasta ejercicios militares conjuntos en 2008; acuerdos en el sector petrolero, gasífero y minero, diferentes convenios de producción de bienes, e intercambios culturales y de estudios. En 2019, un punto de quiebre muy importante fue el reconocimiento por parte de EEUU, acompañado por países europeos, de una «presidencia interina» ad hoc y el embargo de los bienes de Venezuela en territorio estadounidense y británico, todo lo cual Rusia repudió, mientras aseguraba una cooperación económica y militar continua.

En este contexto, la posición oficial del gobierno de Venezuela es de apoyo a Rusia, considerando su intervención en Ucrania como una medida defensiva ante el cerco militar y estratégico de la OTAN. Voceros calificados del gobierno hacen referencia al argumento de la desmilitarización y desnazificación de Ucrania, y

destacan el incumplimiento de los acuerdos de Minsk. A medida que avanza el conflicto, se ha venido colocando el énfasis en las sanciones contra Rusia, calificándolas de ilícitas y de ataque económico. Sin duda, resuena esta calificación con lo que se considera vive Venezuela que es una guerra económica promovida desde EEUU. El paralelismo es claro y se percibe como evidente para una parte de la población afecta al proceso bolivariano.

Para el gobierno venezolano y el sector que lo apoya, el conflicto actual se percibe como un enfrentamiento entre Rusia y Estados Unidos, que tiene como escenario Ucrania. La posición y actuación de los países europeos está bastante invisibilizada en los medios y para la opinión pública chavista en general.

La polarización política venezolana* que enfrenta a simpatizantes de gobierno y oposición había venido disminuyendo, pero se ha reavivado al calor de este conflicto. Los militantes de PSUV, reunidos en congreso en estos días vitorean al Embajador de Rusia en Caracas, y los medios y redes sociales de ese sector chavista exponen una narrativa justificadora de la acción bélica rusa, con pocos referentes históricos, y escasas citas de voces críticas a la OTAN en Estados Unidos y Europa. Los argumentos que se exponen giran en torno al respaldo que EEUU da a Ucrania y su interés en que forme parte de la OTAN, entrega de armas que impulsan un cerco militar contra Rusia, los conflictos fronterizos, la agresión a la población rusa habitante de Donbás y Lugansk, el predominio nazi en la política ucrania y sus limpiezas étnicas, y, sobre todo, la maniobra para romper la cooperación económica entre Rusia y Europa, en especial la puesta en marcha del gasoducto Nord Stream 2. Se suele contrastar la agresión rusa con numerosas intervenciones armadas y bombardeos que ha realizado el imperialismo norteamericano, como en Irak, Libia, Siria, Somalia, Guatemala, Panamá, etc. Se critican específicamente medidas y sanciones contra los medios de comunicación rusa (Sputnik y RT) y el cierre de los cielos y vuelos. Predomina la idea de que el conflicto tiene como centro el control de la energía fósil.

La oposición adversaria del chavismo ha condenado con varias protestas la incursión de militares rusos en territorio ucraniano. Se han realizado protestas frente

a la sede de la Comunidad Europea, solamente una de éstas –poco concurrida, por cierto– se ha realizado frente a la sede de la Embajada de Rusia. Los motivos de condena van desde una defensa cerrada al mundo libre, el temor al autoritarismo ruso, pasando por la consideración de la superioridad bélica de Rusia y la agresión a un país más débil, así como la seguridad de que se producirá una ocupación completa o anexión de Ucrania. La oposición mantiene y refuerza la narrativa común de los medios europeos y norteamericanos que se pueden ver en Venezuela por streaming, destacando la destrucción, devastación y el éxodo de refugiados. Este último tema tiene gran sensibilidad en Venezuela porque se ha vivido una diáspora de casi cinco millones de personas, y las familias han resentido fuertemente esta situación, antes desconocida en un país de inmigrantes y casi sin emigración. Por otra parte, se critica la posición gubernamental de apoyo a Rusia sobre todo por las consecuencias que podría tener para el país, destacando que reforzará el aislamiento. Se identifica un autoritarismo ruso despótico con posiciones totalitarias del gobierno venezolano.

Unos y otros campos de ideas e interpretaciones coinciden en deseos de diálogo y soluciones pacíficas, así como en una percepción de la peligrosidad de una escalada de las acciones militares considerando la posibilidad de una ampliación del uso de armas que llegue a un conflicto de dimensiones nucleares. Sin embargo, no hay por el momento debates entre estas visiones diferenciadas, ya que chavistas y opositores no concurren a los mismos espacios ni participan en los mismos medios de comunicación. Algunas voces analíticas han aparecido en medios de comunicación procurando ampliar la información y contextualizándola en las derivas históricas europeas, rusas y ucranianas. En general son periodistas que tratan de mantener su independencia y una posición menos estridente. Son más frecuentes medios de comunicación que publican las dos posiciones antes señaladas, sin hacer balance entre ellas.

En la fecha en que se escribe este texto, se ha conocido la noticia de una reunión entre el Presidente Maduro y una delegación norteamericana de alto nivel, confirmada por la Casa Blanca y por Miraflores, con el objetivo de dialogar sobre «seguridad energética» en medio de la escalada de precios del petróleo por la invasión

a Ucrania y las sanciones a Rusia. Ha surgido así una tercera posición pragmática en torno a la guerra ruso-ucraniana, sobre las posibilidades positivas que abre la situación para la economía venezolana, que implicaría negociaciones en torno a la producción petrolera y su colocación, que llevaría levantamiento del bloqueo a la estatal PDVSA. En esta posición se encuentran segmentos tanto del sector chavista como opositor, con la esperanza de que la difícil situación económica mejore. En principio, el gobierno ha suavizado su posición de apoyo a Rusia, abogando por la paz mundial, y abriendo nuevamente y ampliando el diálogo gobierno-oposición.

Las y los autores

Martín Bergel, Investigador del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, y profesor en la Universidad de San Martín, Argentina.

Judit Bokser Liwerant, Investigadora y profesora en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Alba Carosio, Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela e Investigadora Senior del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

Mayarí Castillo, Investigadora y profesora en el Centro de Economía y Políticas Sociales, Universidad Mayor, Chile.

David Díaz Arias, Profesor catedrático y director del Centro de Investigaciones Históricas de América Central de la Universidad de Costa Rica.

Willian Espronceda, Profesor en la Facultad de Filosofía e Historia, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, Cuba.

Roberto González, Profesor titular y director del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad del Norte, Colombia.

Jochen Kemner, Universidad de Kassel, Alemania, Gerente General del Centro María Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS).

Edgardo Lander, Profesor titular jubilado de Ciencias Sociales en la Universidad Central de Venezuela en Caracas.

Bruno López Petzoldt, Profesor e investigador en el Instituto Latinoamericano de Arte, Cultura e Historia, Universidad Federal de Integración Latinoamericana, Brasil.

Irene Lungo Rodríguez, Universidad de Kassel, Alemania, Coordinadora Científica del Centro María Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados.

Aldo Marchesi, Profesor Titular del Instituto de Historia y del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República, Uruguay.

Aico Nogueira, Investigador del Departamento de Ciencias Forestales de la Facultad de Agricultura Luiz de Queiroz, Universidad de São Paulo, Brasil.

Franklin Ramírez, Profesor-investigador en el Departamento de Estudios Políticos de FLACSO-Ecuador.

Ileana Rodríguez, Emerita Humanities y Distinguished Professor de la Ohio State University, Estados Unidos.

José-Vicente Tavares dos Santos, Profesor Titular de Sociología de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil.

La escalada del conflicto en el este de Europa a raíz de la invasión de tropas rusas al territorio ucraniano el 24 de febrero 2022 se ha convertido de inmediato en una crisis de dimensiones y consecuencias globales. Si bien América Latina y el Caribe están supuestamente alejadas de la guerra, no están extensas de los impactos y de las repercusiones políticas o económicas.

Este dossier tiene la intención de reflejar sobre las posturas que los Estados latinoamericanos han tomado ante la escalada del conflicto en Europa. Interesa no solamente dar a conocer las posiciones de los gobernantes, sino también a como estos incitan –o no– debates internos en los países. Más allá de los actores políticos se muestran otras voces y posiciones que aparecen en la cobertura mediática del conflicto.